

SERVICIO
SECRETO

SS

NUEVA YORK-BERLIN: SIN REGRESO

Adam Surray





Adam Surray

Nueva York-Berlín: Sin regreso

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1507

ePub r1.0

Lds 19.01.19

Título original: *Nueva York-Berlín: Sin regreso*

Adam Surray, 1979

Cubierta: Jorge Sempere

ePub modelo

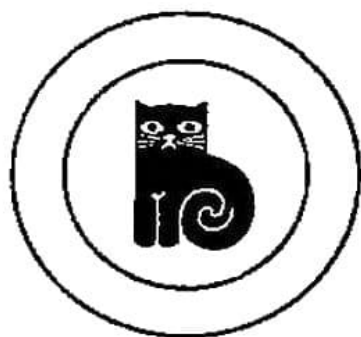
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La prisión de Foxs Hill, en el estado de Texas, era una de las menos confortables de los EE. UU. Enclavada en la tórrida colina que le daba nombre. Totalmente aislada. Lejos de la civilización.

Los funcionarios del penal podían considerarse también como prisioneros. El peor castigo era ser destinado a Foxs Hill. La mayoría de los carceleros habían llegado allí tras un expediente disciplinario. Y descargaban su mal humor sobre los reclusos.

Lo normal.

También resultaba normal que David Goodman ocupara una de las celdas de castigo. Sentenciado a cinco años de prisión. Ya había cumplido dos de esos cinco años. En Foxs Hill. Dos años en Foxs Hill significaban toda una eternidad.

Aquella era su octava visita a las celdas de castigo.

La estancia era reducida. Un camastro, la taza del wáter y el lavabo. En el techo un ventanuco con tres barrotes servía de respiradero.

David Goodman se tendió en el lecho.

Bostezó ruidosamente a la vez que estiraba los brazos.

Sus manos tropezaron con las paredes.

Sí.

La celda era reducida.

Empezaba a oler mal. Habían olvidado abrir la llave del agua para el wáter y el lavabo.

Aunque tal vez no fuera un olvido...

La oscuridad era total.

Imposible distinguir el día de la noche.

Allí siempre reinaba la oscuridad. David Goodman aún no había perdido la noción del tiempo. Ahora era noche. Estaba seguro de

ello.

De ahí que se dedicara a trazar en la pared la correspondiente raya. Junto a las otras dos.

Tres.

Tres eran los días que llevaba en la celda de castigo.

Ya sólo le quedaban diecisiete.

Veinte días de castigo por vaciar el plato de nauseabunda sopa sobre la cabeza de uno de los guardianes.

Era excesivo.

David Goodman no esperaba más de una semana.

Sin embargo le habían aplicado veinte días. Su récord estaba en los quince días. Fue al poco de llegar a Foxs Hill. Creyó volverse loco.

¿Soportaría los veinte?

Goodman empezó a silbar.

Tumbado sobre el lecho. Con las manos bajo la nuca y la mirada fija en el techo. En aquellos tres barrotes.

Súbitamente se abrió la puerta de la celda.

La luz procedente del exterior hizo entornar los ojos a Goodman.

—¡En pie, David! —gritó una voz—. ¡Rápido!

Goodman obedeció.

Aunque sin distinguírle, reconoció la voz del individuo.

—¿Qué ocurre, Nicholas?

—¡Fuera, maldita sea! ¡Esto apesta!

—Cierto, Nicholas. El hedor se acentuó con tu llegada.

Nicholas White, uno de los guardianes de las celdas de castigo, llevaba al cinto el reglamentario revólver. En su diestra una porra de goma. Con ella golpeó a Goodman en el muslo izquierdo.

Las piernas del recluso Flaquearon haciéndole caer de rodillas.

—¡Maldito estúpido! —White le empujó ahora con la bota—.

¿No sabes caminar? ¡Levanta!

Goodman se incorporó.

Con fría sonrisa.

Estaba acostumbrado al mal humor de White.

—No puedes ocultar tu odio, ¿verdad, Nicholas? A mí me faltan tres años, pero tú seguirás aquí dentro. En Foxs Hill o en cualquier otro infierno similar.

—¿Acaso esperas resistir tres años más? No seas iluso, David.

Reventarás. Yo te ayudaré a ello.

Al final del corredor esperaba otro uniformado funcionario de Foxs Hill. Se hizo cargo de Goodman.

Descendieron por una metálica escalera.

Si.

Era noche.

El silencio reinaba en Foxs Hill.

—¿Puedo saber qué ocurre?

El guardián se encogió de hombros.

—Lo ignoro, David. Tengo orden de llevarte junto al alcaide.

—¿A estas horas?

—¿De qué te quejas? Mejor estarás paseando que en la celda.

—En eso tienes razón.

Minutos más tarde se detenían frente a una puerta.

El funcionario golpeó la hoja de madera con los nudillos. Empujó la puerta al oír la autorización de entrada.

—El recluso David Goodman, alcaide. —Puede retirarse— ordenó el hombre acomodado tras la mesa escritorio.

David Goodman se adentró en la estancia a la vez que el guardián salía cerrando tras de sí.

El despacho del alcaide contaba con un amplio ventanal que comunicaba con el patio. Desde allí eran visibles las tres siniestras torres del penal.

—Tome asiento, Goodman.

David Goodman obedeció.

El alcaide se levantó encaminando sus pasos hacia una puerta situada junto al mueble-biblioteca.

Abandonó el despacho.

Goodman aprovechó la soledad para alargar precipitadamente su diestra hacia la tabaquera de la mesa. Introdujo el puñado de cigarros bajo su camiseta. Acto seguido procedió a ajustarse hasta el último de los botones de su gris chaquetilla de presidiario.

De nuevo se abrió la puerta interior del despacho.

No era el alcaide.

El individuo que apareció en el despacho frisaba en los cincuenta años de edad. Semicalvo. Rostro carnoso. Pobladas cejas sobre hundidos ojos. Labios muy finos, dibujando una fina línea.

El hombre avanzó.

Sonriente.

Con su mano derecha extendida hacia Goodman.

—Hola, David.

El rostro de Goodman reflejó una mueca de estupor. Muy fugaz. De inmediato se transformó en marcado desprecio. Repulsa que también se acentuó en su mirada. No hizo ademán de estrechar la mano que le era ofrecida. Tampoco se incorporó del asiento.

El individuo, tras permanecer unos instantes con la mano extendida, bordeó la mesa escritorio para dejarse caer en el sillón giratorio.

Volvió a sonreír.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? David Goodman correspondió a la sonrisa, aunque la suya fue fría y despectiva.

—Muy bien..., señor.

—¿Sorprendido por mi visita?

—En absoluto. Tarde o temprano tenía que ocurrir. ¿Cuánto le han echado, señor?

—¿Cómo?

—¿No viene para quedarse?

El individuo rió.

En sonora carcajada.

—Celebro que aún mantengas el humor, David. Apuesto que es difícil conservarlo aquí.

—En Foxs Hill sólo se almacena odio.

El hombre chasqueó la lengua.

Fijó su mirada en Goodman.

Treinta años de edad. Rostro de correctas facciones ensombrecidas por aquella barba de tres días. Sus ojos eran grises. Un gris muy claro. Casi transparente. Sin brillo. De una frialdad que impresionaba.

—No tienes buen aspecto, David.

—En Foxs Hill se sigue una rigurosa dieta. Siempre he sido flojo de carnes. Me gusta mantenerme delgado. La obesidad me recuerda a los cerdos.

El individuo enrojeció su mofletudo rostro. Forzó una sonrisa simulando no haber recibido el velado insulto.

—¿Un cigarrillo, David?

Goodman aceptó.

El hombre le tendió un encendedor de oro. —La C. I. A. sigue pagando buenos sueldos —sonrió Goodman sopesando el encendedor.

—Ya no pertenezco a la Central Intelligence Agency.

—¿De veras? Entonces han perdido a uno de sus mejores elementos.

—Sigo perteneciendo a los servicios de inteligencia, pero en un grupo de reciente creación y con autonomía propia. Yo soy el director de esa nueva organización.

—Felicidades.

—¿Te gustaría salir de aquí, David?

—Ignoraba una amnistía... ¿Qué ocurre? ¿Hemos cambiado de presidente? —No estoy bromeando, muchacho. Puedo hacer que mañana mismo salgas de Foxs Hill.

¿Qué respondes?

Goodman succionó el cigarrillo.

Entornó los ojos.

Fijos en la névea ceniza.

Desvió la mirada hacia el individuo.

—No.

La respuesta hizo bizquear a su interlocutor.

—¿Estás loco...?

—Todo lo contrario, señor. Le conozco. He estado a sus órdenes durante un año. Warwick Frasser. Uno de los altos ejecutivos de la C. I. A.

También conozco los archivos extraoficiales de la Central Intelligence Agency. Las actividades que no son dadas a conocer a la Prensa. Yo fui agente de la

C. I. A.

Y estoy pagando por ello.

—Estás aquí por traidor.

Goodman exhaló una bocanada de humo.

—Para cierto país europeo sería considerado como un héroe.

—¡Eres ciudadano norteamericano! A tu ingreso en la Central Intelligence Agency juraste...

—¡Al diablo con eso! —gritó Goodman, alterando sus facciones por primera vez—. ¿Va a darme lecciones, señor? Recuerdo mi

visita al cuartel general de la
C. I. A.

, en Langley. A la entrada del gigantesco edificio destaca una cita bíblica de San Juan. «Y conocerás la verdad y la verdad te hará libre». Yo babeaba emocionado. Como un estúpido. Más tarde conocí cuál era esa... verdad. Capaz de cambiar el destino de un país. Sin el menor escrúpulo. Sólo por mantener o implantar el poderío de las compañías norteamericanas. —Sigues siendo un estúpido, David. Te quedan aún tres años de Foxs Hill. ¿Crees poder resistirlo? Yo te ofrezco la libertad.

—¿Generosamente? ¿Una gracia especial para el traidor Goodman?

—La libertad a cambio de que aceptes una delicada misión.
Goodman sonrió.

—Lo suponía. No es muy original, señor. Infinidad de películas y novelas han explotado el tema.

—Esto es distinto.

—Seguro. La diferencia está en que yo no acepto el trato. No quiero contactos con la

C. I. A.

—No pertenezco a la Central Intelligence Agency, David.

—¡Oh, sí...! Otra organización de inteligencia. Lo había olvidado. Es comprensible. La

C. I. A.

es ya blanco de infinidad de ataques de repulsa y condena. Hay que repartir las responsabilidades.

—La misión que te ofrezco no es contraria a tus refinados principios.

—Utilice a cualquiera de sus hombres. —Tú eres el más indicado, David. Por eso estoy aquí. De conocer la misión aceptarías a ojos cerrados.

—¿Cerrar los ojos con usted? Eso es suicidio, señor. Gracias por el cigarrillo.

David Goodman se incorporó.

Dando por terminada la conversación.

—¿Es tu última palabra, David?

—Sólo tengo una, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que no recibes noticias de tu madre?

Goodman, que ya se encaminaba hacia la puerta, giró lentamente.

Su rostro se ensombreció.

—¿Por qué pregunta eso?

—Tu madre está enferma, muchacho.

—Warwick Frasser llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo unos papeles que depositó sobre la mesa. —Hace poco más de una semana ingresó en el Nail Hospital de San Francisco. Ahí tienes el informe médico y el tratamiento a seguir después de la operación. Necesita largos y... costosos cuidados.

David Goodman se aproximó.

Por primera vez sus ojos adquirieron un fuerte brillo.

Hizo caso omiso a los papeles.

Apoyó las manos sobre la mesa inclinándose hacia Frasser.

—Bastardo... sucio hijo de perra sarnosa... Nada ha cambiado, ¿verdad? Los mismos métodos...

Warwick Frasser no se inmutó.

—Ahí tienes un teléfono, muchacho. Pide larga distancia. Comunica con California. Llama al Nail Hospital.

—¿Por quién debo preguntar? ¿O ya están todos informados de lo que tienen que decirme?

—No es un truco, David. Tu madre ha sido ingresada en el Nail Hospital. Si echas un vistazo a esos informes médicos conocerás... —¡Son embustes!— vociferó Goodman barriendo violentamente los papeles de la mesa—. ¡Una de vuestras sucias mentiras! —Tu madre vivía con una hermana. Telefonea allí.

—Allí estará uno de tus hombres. Le resultará sencillo atemorizar a una pobre anciana.

Warwick Frasser ahogó un suspiro.

—Te estoy diciendo la verdad, pero no quieres creerme. Esto es un cheque de cinco mil dólares. Extendido a favor del Nail Hospital. Cubren los gastos de medicamentos y cuidados posoperatorios. Tu madre no puede costearlos, David. Necesita la asistencia permanente de una enfermera. Llama a San Francisco.

David Goodman tendió su diestra.

Aferró con fuerza el auricular.

—Llamaré, Frasser, pero no al Nail Hospital ni a tía Judiht. Llamaré a una amiga. Alguien que me consta que no puede estar

coaccionada por vosotros. Ella me dirá la verdad.

—Una buena idea.

—Voy a darte un consejo, Frasser. Avisa a un par de guardianes. Si todo es un embuste.

—Goodman aproximó amenazadoramente el micro al rostro del individuo —te aplastaré la cabeza. Juro que te hundiré el cráneo. No me importaría añadir el cargo de homicidio al de traidor. Quedaría compensado con ver tus sesos esparcidos por la mesa. Warwick Frasser tragó saliva.

Pálido.

Consciente de que David Goodman no amenazaba en vano.

CAPÍTULO II

David Goodman colgó el auricular.

Lentamente.

—Lo lamento, muchacho —murmuró Warwick Frasser—. Desgraciadamente no es uno de mis trucos.

Goodman no respondió.

Volvió a tomar asiento.

No.

No era uno de los habituales manejos de la C. I. A.

Jessica Ekland, una buena amiga de San Francisco, le había confirmado la noticia. Su madre llevaba ocho días internada en el Nail Hospital. Un súbito infarto.

David Goodman recogió los papeles del suelo.

El informe médico.

—La operación no reviste peligro, David, pero necesita cuidados y un tratamiento controlado por eficaz enfermera. No dudes que dispondrá de todo ello.

Goodman apretó con fuerza las mandíbulas.

Arrugó el papel entre sus manos.

—Siento deseos de vomitar... señor.

—No eres justo, muchacho. Te ofrezco la libertad. ¡Salir de este infierno! Incluso algo más. Si culminas la misión con éxito serás rehabilitado con posibilidad de volver a tu puesto en la Central Intelligence Agency.

Goodman escupió.

Hacia los lustrosos zapatos de Frasser que asomaban bajo la mesa.

—Yo mismo enterrada a mi madre antes de volver a la

C. I. A.

Warwick Frasser enrojeció por segunda vez.

Ahora le resultó más difícil controlarse.

—Empiezo a cansarme de tus aires de honorabilidad, David. Eres un traidor, carne de presidio. Otros en tu lugar bendecirían mi nombre. No voy a perder más el tiempo ni rogar.

¿Aceptas el trato, sí o no?

Goodman esbozó una sonrisa.

Una amarga mueca.

—Sí, Frasser. Por supuesto que sí. Tus... razonamientos me han convencido. ¿Cuál es el trabajo? ¿El presidente de los EE.UU. o el recalcitrante Fidel Castro? ¿Elimino a los dos? —Basta de sarcasmos, David. Mañana mismo estarás en libertad. A primera hora. Ya está firmada la orden y en poder del alcaide. A las siete de la mañana uno de mis hombres te conducirá hasta Dallas. Te hará entrega de un pasaje para Nueva York y de mil dólares en efectivo para que compres ropa y demás pequeños gastos. Apenas llegar a Nueva York acude al 1519 de Pryor Boulevard. Te estaré esperando.

—¿Cuál es la misión?

—Hablares mañana de ello.

—Quiero ver a mi vieja. Aplazaré el vuelo a Nueva York y...

—Lo lamento —interrumpió Frasser, con firme voz—. No es posible. Tenemos el tiempo rigurosamente programado. Tienes ya billete reservado para Berlín.

—¿Berlín?

Warwick Frasser consultó la esfera de su reloj de pulsera.

Se incorporó del sillón giratorio.

—Debo irme. Tengo plaza en un vuelo nocturno hacia Nueva York. Ahí te dejo el cheque.

Puedes enviarlo tú mismo al Nail Hospital. Hasta mañana, muchacho. Celebro que hayas aceptado. Hubiera sido estúpido no hacerlo.

Frasser abandonó el despacho.

A los pocos minutos apareció el alcaide.

—Sígame, Goodman.

Utilizaron la puerta cercana a la biblioteca. El reducido salón enlazaba con dos habitaciones. Aquella era la vivienda del alcaide.

Abrió una de las puertas.

—Aún puede dormir un poco —dijo el alcaide—. Faltan cuatro horas para el amanecer. A las siete le estarán esperando para conducirlo a Dallas. Le felicito por su buena suerte, Goodman.

David Goodman quedó solo en la habitación. Un pequeño dormitorio limitado a una cama, un armario, dos sillas y el lavabo.

«Buena suerte...». Sí.

Podía considerarse un hombre afortunado. Hacía menos de una hora se encontraba ocupando una de las siniestras celdas de castigo de Foxs Hill.

Y ahora...

Sobre el lecho descubrió sus objetos personales. Los que entregara a su ingreso en prisión.

El reloj, la billetera, un juego de llaves, el encendedor... También la ropa. Todo estaba allí.

David Goodman se tendió sobre la cama.

¿Dormir?

No.

¿Cómo dormir sabiendo que unas pocas horas le separaban de la libertad?

Contaría uno a uno los minutos, los segundos... Aquellas breves horas se le harían más largas que los dos infernales años vividos en Foxs Hill.

David Goodman sonrió.

Ignoraba el precio de aquella libertad.

CAPÍTULO III

La pesada puerta se cerraba tras David Goodman.

No pudo evitar el volver la mirada. El poner sus ojos en aquellas frías e inaccesibles murallas de piedra. En las torretas que destacaban siniestras.

Dos años.

Dos años de su vida allí encerrado.

No le importaba el trato recibido. Los castigos. Las humillaciones. Eso era soportable. Únicamente lamentaba el tiempo que le había sido robado. Aquellos dos años perdidos y que jamás recuperaría.

—Feliz regreso, David —dijo una voz—. Soy Andrews McDouglas.

Goodman giró contemplando al individuo.

Un hombre joven. Corpulento. De rostro jovial.

Le ofrecía cordialmente su diestra.

David Goodman estrechó aquella mano.

—Gracias, Andrew.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Caminaron hacia el Pontiac situado a poca distancia.

Goodman ya no volvió la mirada. El auto inició la marcha por el pedregoso camino levantando tras de sí una nube de polvo rojizo.

—¿Cuánto tiempo, David?

—Dos años.

—Los olvidarás.

Goodman esbozó una sonrisa.

No.

Jamás los olvidaría.

—¿Tienes un cigarrillo, Andrew?

—Ahí... en el salpicadero.

David Goodman encontró la cajetilla de tabaco llevando un largo emboquillado a sus labios. Lo succionó con verdadero deleite. Abrió la ventanilla para dar paso a la fría brisa de la incipiente mañana.

Respiró con fuerza.

—Es curioso... El tabaco tiene diferente sabor fuera de Foxs Hill. Los dos hombres rieron.

Recorridas tres millas el tortuoso camino desembocaba en una asfaltada carretera que, más tarde, enlazaría con la autopista.

Andrew McDouglas conectó la radio.

Un avance del noticiario.

Las Brigadas Rojas cometen un triple asesinato en Roma, bombas en Belfast, disturbios en Camboya, Egipto acentúa su conflicto bélico contra Israel...

—Nada parece haber cambiado —comentó Goodman irónico.

—En efecto.

—¿Trabajas para la

C. I. A.

?

—Soy un vulgar «negro». Ya sabes... nos requieren para pequeños asuntos. Estoy empleado en una compañía belga emplazada en Dallas. Me ordenaron que pasara a recogerte. Eso es todo.

Las casi cuatro horas de trayecto que separaban la prisión de Foxs Hill de la ciudad de Dallas transcurrieron rápidas para David Goodman. Disfrutó minuto a minuto su reciente libertad.

Un árbol, un vehículo, una gasolinera, las señales de tráfico... Todo parecía nuevo para Goodman. Lo contemplaba ávidamente. Temiendo que fuera un sueño. Con miedo a despertar en una de las celdas de castigo de Foxs Hill.

Ya se adentraron en Dallas.

Por la zona de Oak Cliff.

—¿Dónde debo dejarte, David?

—Pues... creo que tienes algo para mí, ¿no es cierto?

—¡Ah, sí...!

McDouglas, sin desatender la conducción del vehículo, extrajo

un sobre del bolsillo interior de la chaqueta.

Goodman lo abrió.

Contenía los mil dólares y el pasaje para Nueva York. Con la hora fijada para las quince treinta.

Consultó el reloj.

Aún disponía de varias horas.

—Bajaré en el primer *stop*, Andrew.

El Pontiac frenó en el cruce de Davis Street con la Tyler Avenue. A poca distancia del Kidd Springs Park.

Los dos hombres estrecharon sus manos.

—Suerte, David.

Goodman asintió con una sonrisa de despedida.

Descendió del auto.

Confundiéndose entre la riada humana que caminaba por la acera de Davis Street. Andrew McDouglas era sin duda un individuo simpático y cordial, pero Goodman prefirió saborear más íntimamente sus primeras horas de libertad.

Se detuvo frente a los escaparates de unos grandes almacenes.

El traje que llevaba era de excelente corte y en tejido de calidad. No había pasado de moda en aquellos dos años. Y la camisa era nueva.

Proporcionada personalmente por el alcaide.

Goodman no dudó.

Aquella ropa le apestaba a Foxs Hill.

Poco más tarde salía de los grandes almacenes luciendo una cazadora en lino color crudo con pantalón azul marino, camisa de algodón con cuello blanco.

Caminó sin rumbo.

Próximo al Lake Cliff encontró un *snack* carente de público. Aquello le animó a entrar. Acostumbrado a la soledad de la celda de castigo escapaba momentáneamente del bullicio.

El local era pequeño.

Acogedor.

No había nadie tras el mostrador.

—¡Eh, Johnnie...! ¿Tienes una moneda de veinticinco centavos?

La mujer situada frente a la máquina tocadiscos se dirigió a Goodman.

Sin duda alguna.

Era el único cliente del local.

David Goodman rebuscó en los bolsillos.

—Creo que sí...

—Buen chico. ¿Qué prefieres, Kraftwerk o los Styx?

—Sólo me gusta Sinatra.

La mujer sonrió.

Frisaba en los veinticinco años de edad. Rostro atractivo. Lucía un vestido muy ajustado y un audaz escote.

—¿Sinatra? Apuesto que eres un romántico. No hay nada de Sinatra, pero seleccionaré algo suave en tu honor.

La mujer introdujo la moneda.

Pulsó un par de teclas.

Segundos más tarde sonaba un blue lento. La mujer empezó a mover las caderas siguiendo el ritmo. Alzó las manos. Sus senos, presionados al máximo por la tela, asomaron provocativos por el escote. Comenzó a danzar en torno a Goodman. Cada movimiento cargado de sensualidad. También era marcadamente sensual la sonrisa de sus gordezuelos labios. Una sonrisa que desapareció bruscamente al descubrir la mirada de Goodman. Dejó de bailar.

En su rostro se reflejó cierto temor.

David Goodman se percató de ello. Comprendió que su mirada había asustado a la mujer. Que sus ojos habían acusado la abstinencia padecida en Foxs Hill.

Sí.

La había desnudado con la mirada. Devorado aquel seductor cuerpo. Recorriendo lujuriosamente cada una de las pronunciadas curvas femeninas.

Y la mujer temió encontrarse frente a un sádico sexual. Con nervioso paso acudió a situarse tras el mostrador.

—¿Funciona la máquina de tabaco? —inquirió Goodman, deseoso de romper el tenso silencio.

—Sí... ¿Va a tomar algo?

Goodman sonrió.

Cordial.

—¿Ya no me tuteas? ¡Soy Johnnie!

—Me habías asustado —reconoció la mujer—. Tus ojos brillaron de un modo muy extraño. —¿Extraño? Es normal que un cuerpo como el tuyo despierte deseo. Más de un cliente te comerá con los

ojos.

La mujer forzó una sonrisa.

—Cierto, pero en ninguno de ellos descubrí ese brillo que asomó a tus ojos.

David Goodman manipuló en la máquina de tabaco para extraer una cajetilla de Winston.

Se acomodó en uno de los taburetes.

—¿Cómo te llamas?

—Nancy.

—Discúlpame, Nancy. Acabo de salir de Foxs Hill. Hace apenas unas horas. ¿Lo comprendes ahora?

—¿Foxs... Hill?

—Ahá. Dos años. Dos años sin ver a una mujer.

Debí controlarme.

Nancy rió ahora más abiertamente.

—La culpa fue mía por coquetear a tu alrededor.

¿Qué quieres beber, Johnnie?

—Tomaré un *whisky*. También hace un par de años que no lo pruebo.

—Apuesto a que hoy estrenarás muchas cosas —comentó Nancy mientras preparaba los dos vasos de *whisky*—. Brindemos por ello, Johnnie.

Este primer trago a cuenta de la casa. ¿Eres de Texas?

—Nací en San Francisco. Mi último domicilio conocido, descontando Foxs Hill, fue Nueva York.

La mujer hizo una mueca.

—¡La Gran Cloaca! Yo nací en Nueva York. En el Bronx. Ya te lo imaginas, ¿verdad? Después de recibir palos por doquier he terminado en Dallas. Tengo este local con un socio. Yo trabajo y él extiende la mano. ¡Un asco! El día menos pensado me largaré y... Un individuo penetró en el *snack* aproximándose al mostrador.

—Una cerveza, Nancy. Muy fría. La mujer cumplimentó el pedido.

—¿Cómo sigue el pequeño, Reed?

El individuo sonrió.

—Ya le han dado el alta. Dorothy ha ido a recogerle. No dudes que entrará a saludarte al pasar hacia casa. ¡Hasta luego!

Nancy retiró las monedas del mostrador.

Retornó junto a Goodman.

—Es el propietario de una modesta tienda de ferretería situada dos calles más abajo. Hace aproximadamente un mes dos individuos entraron a robar. Estaba el pequeño Freddy al frente del negocio. Un muchacho de catorce años de edad. Entregó la recaudación. Doscientos cuarenta y tres dólares. Los asaltantes esperaban mucho más, y al no hallarlo se conformaron con propinar una brutal paliza a Freddy. Lo dicho, Johnnie. ¡Todo esto es un asco! ¿Otro *whisky*?

Sin esperar la respuesta de Goodman llenó los vasos.

—¿Puedo telefonear, Nancy?

—Seguro. Allí al fondo está la cabina. —Se trata de larga distancia. Una llamada a California.

—Mi socio lo tiene prohibido, pero contigo haré una excepción. Me resultas simpático, Johnnie. Goodman descendió del taburete.

Aunque procuró ser breve, su conversación con el Nail Hospital se prolongó varios minutos.

Habló con el doctor que operó a su madre. Según él, la paciente respondía satisfactoriamente a las fases posoperatorias. Cuando Goodman informó del envío de un cheque de cinco mil dólares, el doctor prometió toda clase de cuidados. Una enfermera permanente, habitación privada... Calculó una estancia en el Nail Hospital no superior a los veinte días. Los mínimos para garantizar una total recuperación.

David Goodman retornó al mostrador.

Nancy estaba junto a la máquina tocadiscos.

—¿Hay una estafeta de correos próxima? —inquirió Goodman, vaciando su vaso de *whisky*—. Quiero certificar una carta.

—La más cercana es la de Colorado Boulevard.

David Goodman acudió junto a la muchacha. Dobló un billete de cien dólares que introdujo por el escote del vestido. Entre los prominentes senos de Nancy.

—No los compartas con el socio.

—No lo haré, Johnnie.

—Adiós, Nancy.

La mujer le retuvo por el brazo.

—De seguro hoy buscarás la compañía de una mujer, pero yo quiero ser la primera que besas después de tus dos años en Foxs Hill. ¿Me lo permites, Johnnie?

—Mi nombre es...

Goodman no llegó a pronunciarlo.

Sus labios fueron aprisionados por los de Nancy.

En cálido y largo beso.

—¿Qué importan los nombres? —Nancy se separó, sonriente—.

Mi socio se llama John Rockefeller y sin embargo está siempre con los bolsillos vacíos. Yo olvido fácilmente los nombres, pero no a las personas. Buena suerte... Johnnie. —Adiós, Nancy.

David Goodman se encaminó hacia la salida.

Abandonó el local.

Sí.

Iba a necesitar mucha suerte.

CAPÍTULO IV

El avión tomó tierra en el Aeropuerto Internacional John F. Kennedy.

La permanencia de David Goodman en el aeropuerto fue muy breve. Sin equipaje que retirar y reducidos al mínimo los trámites burocráticos pudo tomar plaza en uno de los helicópteros de la Nueva York Airways que anunciaban su inmediata salida.

En pocos minutos recorrió las diecisiete millas que separan el Aeropuerto Internacional del corazón de Manhattan.

Sobrevoló la ciudad.

El helicóptero amplió su trayectoria en honor a los turistas. Para que admiraran la ciudad más importante del mundo. Contemplaron la incomparable estatua de la Libertad, el gigantesco Empire State...

Estaba empezando a oscurecer. Aquello, unido a la sempiterna capa de contaminación que envuelve Manhattan, hizo que el espectáculo no alcanzara las acostumbradas cotas de éxtasis.

Al menos para David Goodman.

Esbozó una sonrisa recordando las palabras de Nancy. La Gran Cloaca.

Sí.

Eso era Nueva York. Gigantescos bloques de cemento que ridiculizan Babel. La Quinta Avenida y The Bowery. Opulencia y miseria. La indiferencia hacia el prójimo como denominador común. Imposible amar en una ciudad deshumanizada como Nueva York.

Y Goodman lo sabía.

Conocía Manhattan como la palma de su mano.

Una ciudad cruel, violenta, corrompida... Pero David Goodman no la cambiaría por ninguna otra.

El helicóptero enfiló hacia su destino aterrizando en el helipuerto del Pan Ara Building. Minutos más tarde Goodman pisaba ya el asfalto de Manhattan. Coincidiendo con el multicolor destello de prematuros luminosos de neón que comenzaban a alegrar las calles de la ciudad.

Al llegar a la Madison Avenue tomó un taxi informando de la dirección a seguir.

El 1519 de Pryor Boulevard.

En Barrio Blyth.

David Goodman se reclinó en el asiento encendiendo un cigarrillo. Consultó la esfera del reloj.

Iba a llegar tarde a la cita.

Como en los viejos tiempos.

El 1519 de Pryor Boulevard resultó ser un pequeño *bungalow* con ridícula parcela de césped. Similar a todos los que monótonamente se alineaban a izquierda y derecha de la avenida.

Goodman abonó la carrera.

Al empujar la puerta del seto divisorio no pudo evitar el esbozo de una sonrisa. Warwick Frasser se había vuelto menos estrambótico. Ya no le citaba en rebuscados lugares como antaño. El restaurante de la Estatua de la Libertad, el Museo Whitney, la Tumba de Grant, el Pepsi Cola Building...

Ahora se había limitado a un burgués *bungalow*.

David Goodman pulsó el llamador de la puerta.

La hoja de madera se abrió casi al instante.

Como si estuviera alerta a la llamada.

Apareció Warwick Frasser.

En mangas de camisa.

Con un veguero en la boca.

Te has retrasado diez minutos, David.

Goodman no hizo ningún comentario.

Se adentró en la casa.

Living y salón, separados por una puerta corredera, formaban una sola pieza.

—Puedes dar gracias de que estoy aquí —dijo Goodman, dejándose caer en el sofá rinconera que adornaba el salón—. Estuve tentado de largarme a Miami Beach.

Frasser rió tomando una botella de *whisky* y dos vasos del

mueble-bar.

—No hubieras llegado muy lejos. Tampoco dudaría de ti, David. Eres fiel a tu palabra.

—Mi peor defecto.

Frasser se acomodó en uno de los sillones. Separado de su interlocutor por una circular mesa. Depositó sobre ella los vasos y la botella.

Junto a un portafolios.

¿Qué tal tu primer día como hombre libre?

—Conseguí amoldarme.

La seca respuesta de David no borró la sonrisa en el rostro de Warwick Frasser.

—Bien, David. Podemos empezar. Dame todos los documentos de identidad que lleves encima.

Goodman arrojó la billetera sobre la mesa. —¿Está aquí tu carta de libertad?—. Frasser rebuscó en la cartera—. Sí..., ésta es...

Abrió el portafolios.

De él extrajo un rectangular sobre que ofreció a Goodman. Éste lo inspeccionó con nulo entusiasmo. Un pasaporte, permiso de conducir, cédula de identidad, tarjetas de crédito...

Todo ello a nombre de...

—¿David Goodman? Creí que iba a cambiar de nombre.

No lo he considerado necesario, muchacho. Únicamente he actualizado la documentación y alterado el apartado correspondiente a domicilio, estado civil y profesión. Eres un profesor de idiomas con domicilio en Manhattan. Hubiera resultado muy feo que figurara ex presidiario traidor procedente de Foxs Hill.

Goodman sonrió.

Fríamente.

—No me hubiera molestado.

—En Berlín no encontrarás dificultades, pero es preferible utilizar esta documentación. Se trata de una misión sencilla. Fácil... para un hombre como tú. No olvido que eras uno de los mejores agentes de la

C. I. A.

—Es un cumplido que no me halaga. —Eso no importa. Sé que cumplirás a la perfección. ¿Has oído hablar del profesor Franz Feuchtenberg? No, de seguro que no... Su nombre ha empezado a

sonar hace poco más de un año. La URSS se esforzó en mantenerlo en el anonimato, pero es imposible ocultar a un científico de la valía del profesor Feuchtenberg.

Uno de los más firmes candidatos al próximo Nobel de Física. Franz Feuchtenberg ha colaborado en la URSS, durante estos últimos cinco años, en un ambicioso proyecto de ataque-defensa para hipotético conflicto bélico nuclear. Nos consta que se han fabricado nuevos artefactos bélicos, no sólo de ataque, sino destinados a neutralizar nuestras bases de lanzamiento. Un extraordinario plan de la URSS que ha seleccionado a la élite. Científicos, militares, ingenieros... El proyecto ha sido ya ultimado y archivado como topsecret.

Warwick Frasser hizo una pausa.

Mordisqueó el cigarro.

Esperó de Goodman algún comentario. Al no recibirlo, prosiguió:

—Nada hemos logrado averiguar de ese fabuloso proyecto, David. Ni la menor información de nuestros agentes emplazados en la URSS, pero nos consta que es algo grandioso. Los mejores cerebros de la nación, en sus diferentes especialidades, se han unido para engendrarlo. El profesor Feuchtenberg ha dado recientemente unas conferencias en Londres, Estocolmo y Oslo. Las hemos seguido con mucho interés. Un periodista sueco le preguntó su opinión personal sobre la bomba de neutrones. El profesor Feuchtenberg respondió que eso había quedado ya superado. En otro orden de cosas afirmó que el vencedor de un enfrentamiento nuclear sería la nación que contara con bases de lanzamiento fuera de la Tierra. ¡En el Espacio! Una especie de satélites artificiales capaces de bombardear cualquier punto del planeta.

—Una utopía.

Frasser chasqueó la lengua.

—Franz Feuchtenberg no lo consideraba como tal. Ni tan siquiera como algo posible para el futuro. Ya lo daba como hecho. Todo lo relacionado con ese ambicioso proyecto ruso es de vital importancia para nosotros. No sólo conocer las nuevas armas, sino la estrategia a desarrollar, los medios, los lugares seleccionados, los sistemas de defensa... —Para conocer todo eso necesitaríamos raptar a todo el grupo femenino de la operación o conseguir el

dossier. Ambas hipótesis ridículas.

—Nos conformamos con uno solo de los hombres.

—El profesor Feuchtenberg.

—Correcto, David. Es el más idóneo. Su especialidad no es la creación de artefactos nucleares bélicos, pero es el más capacitado para responder al máximo de preguntas. A casi todas las relacionadas con el proyecto. Un militar, un ingeniero o cualquier otro de poco nos serviría. Ignorarían la mayoría de las preguntas de tipo científico.

—Al igual que el profesor Feuchtenberg desconocerá todas las de estrategia militar. —Tal vez, pero de todos es sin duda el que mayor información puede facilitarnos. Y es también el más accesible. Hace pocos meses un funcionario de la embajada americana habló en privado con Feuchtenberg. Durante una recepción oficial dada por el Kremlin. Volvieron a entrevistarse llegando a una importante decisión. El profesor Feuchtenberg estaría dispuesto a solicitar asilo político en los EE. UU.

—Eso parece seguir de moda —sonrió Goodman, sirviéndose un segundo vaso de *whisky*—. ¡Todos al paraíso del Tío Sam!

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no? Franz Feuchtenberg puede aprovechar cualquiera de sus desplazamientos fuera de países soviéticos para declararse ferviente admirador del capitalismo yanqui.

—De hecho, ahora mismo se encuentra como invitado de honor en el XII Congreso Internacional de Energía Atómica que se celebra en Inglaterra. Permanecerá tres días en Londres.

—¿Dónde radica el problema?

—La hija de Franz Feuchtenberg. Su única familia. No puede dejarla a merced de las represalias de los rusos. Feuchtenberg, ciudadano de la Alemania Oriental, contrajo matrimonio hace veintidós años con una rusa. Ésta murió al dar a luz. La niña, fruto del matrimonio, fue inscrita con el nombre de Kora Feuchtenberg, y bajo nacionalidad rusa. Vivió junto a su padre en Moscú. Actualmente, y por cuestiones de estudios, tiene el domicilio en el Berlín Oriental. Padre e hija no les es permitido salir juntos del país. Una medida de prudencia de los soviéticos.

—Que no siempre da resultado.

—En el caso de Franz Feuchtenberg, sí. Imposible convencerle.

Jamás se separará de su hija.

—Si mi misión es sacar a Kora Feuchtenberg del Berlín Este puedo ahorrar el viaje. Conozco aquello bien.

—También yo, David. Comparto tu opinión. Sería suicida y ridículo el intento, pero tenemos otra solución. El profesor Feuchtenberg ha aceptado el solicitar refugio político en los EE. UU. siempre que pueda estar con su hija. —Frasser extrajo unas fotografías del portafolios—. Ésta es Kora Feuchtenberg.

Siete fotografías.

David Goodman las fue contemplando una por una. Detenidamente. Sus ojos no ocultaron un destello de admiración.

Las fotografías correspondían a una mujer joven. De unos veinte años de edad. La belleza y perfección de su rostro era patente en uno de los primeros planos. Con soñadores ojos azules y pelo rubio como el trigo. Su cuerpo también podía ser catalogado por la fotografía en traje de baño. Un bikini. Un dos piezas discreto, pero que no ocultaba en totalidad los opulentos senos femeninos. La cintura contrastaba con la pronunciada redondez de las caderas.

—Algo fuera de serie —reconoció Goodman—. También en esto terminarán por ganar los rusos.

Frasser rió divertido.

—No te preocupes. Haremos que Kora Feuchtenberg se case con un tejano.

En ese momento sonó el llamador de la entrada. Warwick Frasser consultó instintivamente el reloj de pulsera.

—Muy puntual...

—¿Esperamos visita?

—Sí, David. ¿Quieres abrir tú?

Goodman vació el *whisky*.

Se incorporó acudiendo parsimoniosamente al *living*.

Al abrir la puerta del *bungalow* quedó como paralizado. Reflejando en su rostro una mueca de estupor e incredulidad.

Bajo el umbral le sonreía una muchacha.

Era ella.

La chica de la fotografía.

¡Kora Feuchtenberg!

CAPÍTULO V

Warwick Frasser reía a carcajadas.

Arrebató el pasaporte al perplejo Goodman.

—¿Ya lo has leído? Katherine Sharp, ciudadana norteamericana, nacida en Kirksville, Missouri, veintidós años de edad, azafata... ¡Creías estar frente a Kora Feuchtenberg!

David Goodman fijó su mirada en la muchacha. Permanecía junto al mueble bar. Sonriente. Con el sedoso pelo rubio enmarcando su rostro. En sus azules ojos un brillo divertido. Lucía un juvenil vestido camisero.

—El parecido, al menos con la fotografía, es asombroso —confesó Goodman.

—También lo es con el original. ¡Como dos gotas de agua! —aseguró Frasser—. Nuestros servicios de inteligencia en el Berlín Oriental nos facilitaron unas filmaciones de Kora Feuchtenberg y un registro de su voz. Mucho tiempo empleamos en la búsqueda de la más perfecta sosias. La encontramos en Katherine Sharp. Domina a la perfección el ruso y el alemán. Durante semanas estudió día y noche las filmaciones de Kora. Sus gestos, su timbre de voz...

David Goodman se reclinó en el sofá.

Encendió un cigarrillo.

—Imagino el plan, Frasser. No dará resultado. Descubrirán la suplantación de inmediato. No es fácil engañar a los rusos.

—La suplantación se hará en el Berlín Occidental. Y todo saldrá a la perfección. Escucha con atención, David. Dentro de dos días Kora Feuchtenberg y su prometido el teniente Pudevkin pasarán al Berlín Occidental para asistir a la boda de unos amigos. Tienen reservadas cuatro habitaciones en el hotel Mowe. Dos para ellos y las otras dos para la acostumbrada escolta.

Goodman arqueó las cejas.

—Me sorprende que los rusos corran ese riesgo. Con Franz Feuchtenberg fuera del país no es lógico que permitan la salida de su hija. —¿Olvidas que viaja acompañada de su prometido? ¡Un oficial ruso! Y la escolta. Sólo van a asistir a una boda, cena y baile en el Mowe Hotel, pernoctan y salida al día siguiente—. ¿De seguro no cruzarán el muro esa misma noche?

—No. Las habitaciones están reservadas. Quinta planta. Números 504, 505, 506 y 507. La fiesta de la boda puede prolongarse, baile, bebidas... De ahí que pernocten en el hotel. La mejor de las habitaciones es la 504. Es de suponer que sea la destinada a Kora. Hay una habitación reservada a nombre del matrimonio Goodman. La número 604.

David Goodman desvió la mirada hacia la silenciosa muchacha.

Tras dedicarle una sonrisa volvió a poner sus ojos en Frasser.

—Empiezo a comprender el plan, pero continúa siendo difícil. Kora Feuchtenberg estará bajo riguroso control y... con el riesgo de que no duerma sola. Puede que con el tal teniente Pudevkin practique, experiencias prematrimoniales.

—Negativo.

—¿Por qué esa seguridad?

—Ella misma nos lo ha dicho.

—¿Kora?

—No debe sorprenderte, David. Hemos madurado durante mucho tiempo este plan. Su vital importancia lo requería. Necesitamos a Franz Feuchtenberg. Nuestros agentes contactaron discretamente con su hija. Fue ella la que nos proporcionó las fotografías, filmadores, cinta magnetofónica, la información sobre la boda en el Mowe Hotel y demás datos de interés. Está deseando abandonar el Berlín Oriental.

—Contando con la complicidad de Kora parece más sencillo —reconoció Goodman—. Tanto que no comprendo la intervención de Katherine. Un buen equipo de agentes podría intentar burlar la vigilancia en torno a Kora y... —No, David. Aun consiguiendo rescatar a la muchacha con éxito los rusos nos acusarían de secuestro, las autoridades alemanas dificultarían la salida de Kora... o incluso aprovecharían la circunstancia para atraer al profesor Feuchtenberg al servicio de inteligencia de la Alemania Occidental.

Mi plan es más rebuscado, pero sumamente discreto y eficaz. Cuando los rusos quieran reaccionar, Kora estará ya en compañía de su padre.

—Puede que sea un plan eficaz, pero no para Katherine. Ocupará el lugar de Kora, ¿no es cierto? Permanecerá en el hotel. Dando tiempo a que la verdadera Kora salga de Berlín en vuelo hacia los EE. UU. ¿Qué ocurrirá al día siguiente?

—Katherine regresará al Berlín Oriental en compañía del teniente ruso y la escolta.

—Okay. Supongamos que consigue engañar a los rusos durante unas cuantas horas. ¿Y luego?

—Kora, ya en Berlín Oriental, no es sometida a tan riguroso control. Se le retira el visado y hace una vida normal Katherine entrará en contacto con uno de nuestros agentes. Su pelo será negro como el azabache. Al igual que los ojos. —Frasser hizo una seña a la joven. Ésta se colocó unas lentillas que dieron a sus azules ojos una total transformación—. Serán como el ágata. Su pasaporte constará como ciudadana norteamericana. ¿Por qué iban a oponer reparos a la salida del Berlín Oriental de la turista Katherine Sharp?

David Goodman guardó silencio durante unos instantes.

Lentamente movió la cabeza.

—Reconozco que es un plan perfecto, siempre que Katherine consiga engañar durante unas horas a los rusos.

—No creo que me resulte difícil —intervino Katherine por primera vez—. He estudiado a fondo los hábitos y costumbres de Kora, conozco superficialmente sus relaciones con el teniente Pudevkin... Por supuesto que no hablaré demasiado. Simularé una fuerte jaqueca originada durante la fiesta. Una resaca. Haré que Pudevkin me lleve directamente a casa.

Frasser asintió.

—Katherine conoce bien su papel, David. No fracasará.

Goodman entornó los ojos.

Dirigiendo a Frasser una penetrante mirada.

—Sí. Katherine está en su correcto papel.

Extraordinario parecido físico con Kora Feuchtenberg, su perfecto alemán y ruso... ¿Y yo? ¿Por qué he sido seleccionado? Cualquier agente de la Central Intelligence Agency puede desempeñar mi trabajo. ¿Por qué molestarse en sacar de prisión al

traidor Goodman?

Warwick Frasser sonrió.

—Esta misión no es de la

C. I. A.

Ya te lo he dicho. Yo soy el único responsable. Es mi grupo de inteligencia quien la patrocina. Carta blanca.

Por supuesto que cualquiera de mis muchachos podría acompañar a Katherine y cumplir la misión, pero ya conoces mis métodos. Procuro estudiar todo hasta en el más mínimo detalle. Sopesando todas las posibilidades.

Supongamos que el plan sale mal. ¿Imaginas los titulares del Pravda y la agencia Tass divulgando al mundo la noticia?; Agentes norteamericanos intentan secuestrar a ciudadana soviética. Las repercusiones del hecho serían catastróficas para nosotros.

—¿Qué cambia conmigo? Yo soy ex agente de la

C. I. A.

Recién salido de la prisión y con...

—Te equivocas, muchacho. Tú eres un vulgar profesor de idiomas, que acaba de contraer matrimonio con una azafata sin empleo. El David Goodman profesor de idiomas tiene un historial que hemos hecho exclusivamente para él. En cuanto a Katherine, jamás ha figurado como agente de inteligencia. No está fichada. Vuestra detención, en caso de producirse, sería muy lamentada por el Gobierno USA; pero no afectaría a ninguno de los organismos de inteligencia del país. David Goodman y Katherine Sharp. Dos locos.

Goodman sonrió.

Cínico.

—Olvidas algo, Frasser. De ser descubiertos, los rusos se las arreglarían para que apareciéramos en el Berlín Oriental. Y yo no resistiría el interrogatorio. No soy un héroe, al menos para la defensa de determinadas causas. Les contaría todo.

—¿Todo? ¿El qué, David?

—Que fui puesto en libertad a cambio de rescatar a Kora Feuchtenberg del Berlín Occidental.

—Tú estás en una celda de castigo de Foxs Hill —dijo Frasser—. Veinte días. Te quedan muchos por cumplir.

—¿Quieres decir...?

—Correcto, muchacho. Cuido los detalles.

Descontando a unas pocas personas, todos en Foxs Hill creen que David Goodman sigue en la celda de castigo. No hay documento oficial de tu puesta en libertad. No ha sido registrada. La carta que me has entregado es papel mojado. Si la misión sale mal, David Goodman sufrirá un infarto en la celda de castigo.

Goodman endureció las facciones.

—Y cualquier pobre desgraciado será enterrado con mi nombre.

—Veo que has comprendido, David. En efecto, así será. Lamentablemente sobran fiambres que no son reclamados en el depósito de cadáveres de cualquier ciudad. Solicitaré uno de ellos para que ocupe tu puesto en el ataúd. Puedes decir a los rusos que eres el expresidiario David Goodman, pero no te harán caso. Los agentes rusos emplazados en los Estados Unidos desmentirán tus palabras al comunicar la muerte de un tal David Goodman en la prisión de Foxs Hill.

—¿Has experimentado alguna vez vergüenza por algo, Frasser?

Warwick Frasser fingió no haber oído la pregunta.

Consultó el reloj.

—Ya es muy tarde... En el portafolios hay varios papeles. Consultadlos juntos. Es vuestra love story. Dinero en efectivo, pasajes de ida y vuelta... Vuestro vuelo a Berlín sale mañana a las ocho. Aprovechad el tiempo para conoceros.

—¿Quién será nuestro contacto en Berlín?

Frasser parpadeó.

Simulando asombro.

—No habrá ningún contacto, David. Actuaréis solos. Tampoco encontrarás en el portafolios instrucciones. Conoces el plan, ¿no es cierto? Estudia el terreno. Eres lo suficiente inteligente y audaz para desarrollarlo siguiendo tu propia iniciativa. No cuentes con ninguna ayuda.

—Comprendo. No quieres pillarte los dedos.

—Es absurdo trazar un plan desde aquí, David.

Llegas con un día de adelanto a la boda. Inspecciona el Mowe Hotel y la mejor forma de realizar la suplantación. ¿No es así como te gusta trabajar? En solitario. Sin someterte a la disciplina de la C. I. A.

Pues adelante, muchacho.

Una nueva misión.

La última.

Frasser sonrió.

Se incorporó del sillón.

—Buena suerte, David. Hasta pronto, Katherine... No molestaros en acompañarme.

Abandonó el *bungalow*.

Goodman y Katherine intercambiaron una mirada.

En silencio.

Fue la muchacha la primera en romperlo.

—No te resulta simpático el señor Frasser, ¿verdad?

—Es un bastardo.

La respuesta de Goodman enmudeció a la joven.

De nuevo unos segundos de tenso silencio.

Katherine se acomodó en el sillón. Frente a Goodman. Cruzó las piernas mostrando fugaz lo más íntimo de sus *pantys*.

David Goodman estaba inspeccionando el portafolios.

—Esas cuartillas corresponden a tu *currículum vitae* —dijo Katherine deseosa de iniciar conversación—. Los de David Goodman, profesor de idiomas. Me lo sé de memoria. Lógicamente debo estar al corriente de la vida de mi... marido.

Goodman sonrió.

—También debo conocer la tuya. Empieza a contarla.

—Yo no he cambiado de identidad. Katherine Sharp, azafata en paro.

—Ahora ya no —comentó Goodman, con sarcasmo—. La C. I. A.

te ha contratado. Trabajas para la más poderosa y temida compañía del mundo.

El señor Frasser no es de la Central Intelligence Agency. Es el director de la... —Un grupo de inteligencia autónomo. Hay cientos de ellos. Todos derivados de la

C. I. A.

—Te equivocas. El señor Frasser ha organizado un grupo nuevo. Ni tan siquiera recibe órdenes del National Security Council.

Las facciones de Goodman se ensombrecieron.

—Si eso que dices es verdad, estamos dirigidos por un irresponsable capaz de cualquier cosa por alcanzar prestigio profesional. Conozco bien a Frasser.

—Está catalogado como un fiel servidor de su país.

—No lo dudo, pero en todo hay un límite.

Frasser es un fanático.

—Le guardas rencor. Fue su declaración la que te envió a prisión.

David Goodman sonrió.

En triste mueca.

—No conoces la verdadera historia, Katherine. Tampoco pienso contarla. No quiero estropear mi primer día de libertad. ¡Vamos a divertirnos!

Cena en el Penthouse Club y luego a Broadway.

¿Qué te parece?

—¡Una magnífica idea!

Goodman abrió uno de los sobres del portafolios.

Contenía varios fajos de billetes. Añadió quinientos dólares a los que ya guardaba en el bolsillo.

—No hay que reparar en gastos. —Goodman se incorporó tomando a la muchacha del brazo—. ¡Paga el Tío Sam!

—Pero... tengo que cambiarme de vestido... No puedo ir así...

Estás maravillosa, Katherine. Si algún refinado maitre nos pone reparos le tapó la boca con un billete de cien dólares.

La joven rió en cantarina carcajada.

Una risa que a Goodman sonó como música celestial.

Máxime al compararla con la de Nicholas White, su carcelero habitual en Foxs Mili.

CAPÍTULO VI

Horas más tarde, ya de madrugada, el taxi se detenía frente al 1519 de Pryor Boulevard.

Katherine dio un traspié al descender del vehículo.

Rió alegremente.

—Creo que he bebido demasiado champán... —¿Sólo champán? — rió igualmente Goodman, caminando tras la joven—. En el Impact nos hemos ventilado la jarra de cerveza especial de la casa.

—Oh, David... jamás me había divertido tanto... lo he pasado muy bien... Me has llevado a lugares que desconocía. Todo ha sido nuevo para mí.

Se habían detenido bajo el porche del *bungalow*. El tiempo necesario para que Goodman abriera la puerta.

—Esos lugares no figuran en la guía para turistas, Katherine.

—Ya me lo supongo —rió nuevamente la muchacha—. No me imagino al Impact anunciando su espectáculo en una guía para turistas.

Goodman unió su risa a la de la joven.

El *show* del Impact era marcadamente erótico.

—Creo que he hecho mal llevándote allí... —¡Tonterías! ¡He disfrutado como nunca...! Cierto que el espectáculo era algo... especial, pero ya no soy ninguna niña.

—No, no lo eres —musitó Goodman, recorriendo con la mirada el cuerpo femenino.

Sus ojos terminaron por encontrarse con los de Katherine.

Quedaron en silencio.

Mirándose a los ojos.

Intensamente.

Fue David Goodman el primero en desviarlos avanzando hacia la

mesa del salón.

Cerró el maletín.

—Apuesto a que el señor Frasser nos cree memorizando nuestras respectivas vidas y ensayando el comportamiento del clásico matrimonio norteamericano —comentó Katherine, risueña—. ¡Si llega a sospechar nuestro recorrido nocturno!

Goodman encendió un cigarrillo.

—¿Sospechar? Frasser ya estará al corriente de ello. Nos controla. Aquí y nos controlará en Berlín. —Exageras. ¿Por qué iba a hacerlo? Trabajamos para él.

—Precisamente por eso. Frasser desconfía hasta de su madre. Es lógico. El estaría dispuesto a venderla y considera a todos de su misma especie.

Katherine tomó su maleta a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

—Estás obcecado por tu rencor hacia Frasser. —¿De veras?—. Goodman se hizo cargo de la pequeña maleta—. ¿Cuál es tu habitación, Catherine?

—¿Mi habitación...? Pues, no sé... Una cualquiera. Hoy he pisado esta casa por primera vez. Frasser me citó y...

David Goodman ya avanzaba por el corredor.

En forma de L.

Fue abriendo puertas.

El grill-room, un despacho...

La primera puerta de la derecha correspondía a uno de los dormitorios. Sin duda el principal, dada su amplitud y el contar con cuarto de baño privado. Una puerta comunicaba con la estancia contigua.

Otro dormitorio.

Más reducido, aunque también dotado de cuarto de aseo.

En este segundo dormitorio, sobre el lecho, se veía una maleta de discretas dimensiones. Junto a ella varios juegos de ropa interior masculina, calcetines, camisas, máquina de afeitar, cepillo de dientes, un par de trajes... Todo lo que un hombre vulgar llevada para un corto desplazamiento.

—Bueno, Katherine. Ya no hay dudas. Éste es mi dormitorio. El tuyo es el más espacioso.

—Soy del woman-lib —sonrió la muchacha—. ¡Nada de

privilegios femeninos! ¿Quieres que ocupe yo la pequeña?

Goodman no respondió.

Procedió a deambular por la habitación. Inspeccionándola detenidamente. Levantando cuadros y objetos de adorno.

—¿Puedo saber qué buscas, David?

Goodman descolgó el crucifijo de madera situado sobre el cabecero del lecho.

—Debí suponerlo. Frasser es ateo. Mira esto, Katherine.

La joven parpadeó.

—Es un...

—Un *talking-bug*^[1]. —Goodman arrojó el pequeño objeto al suelo para acto seguido aplastarlo con el pie—. No es rencor lo que siento hacia Frasser, sino desprecio. ¿Quieres que te ayude a buscar el micrófono de tu habitación?

Katherine giró precipitándose hacia la habitación contigua.

Retornó a los pocos minutos.

Mostrando en la palma de su mano un disco similar al destruido por Goodman.

Ahora fue pisoteado por la propia Katherine.

Furiosa.

—Tranquila, pequeña —rió Goodman, despojándose de la chaquetilla—. Ya te acostumbrarás. Y ahora vete a dormir. Ya es muy tarde.

—Tus palabras contra Frasser no estaban motivadas por el rencor. Quiero disculparme contigo, David.

—Olvidalo.

—Buenas noches, David.

Katherine se detuvo unos instantes bajo el umbral de la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

Ladeó la cabeza.

Sorprendiendo en Goodman una burlona sonrisa.

—Hay cerrojo por ambos lados, Katherine. No te olvides de pasarlo. Últimamente sufría pesadillas. La muchacha correspondió a la sonrisa adentrándose en la habitación contigua y cerrando la puerta.

David Goodman apartó la maleta y la ropa de la cama. Se tumbó sobre el lecho. Quedó con la mirada fija en el techo.

Muy diferente al de la celda de castigo de Foxs Hill.

Le llegó el sonido del chapotear del agua procedente del cuarto de baño correspondiente a Katherine.

La imaginó introduciendo su desnudo cuerpo en la bañera.

Goodman tragó saliva.

Aquella noche iba a resultar peor que cualquiera de las de Foxs Hill.

Se disponía a encender un nuevo cigarrillo, pero resultó que la cajetilla estaba en el salón. Abandonó la habitación utilizando la puerta que conducía al corredor.

Llegó ante la mesa del salón.

Procedió a encender un cigarrillo dejándose caer en el sofá. Abrió el maletín. Lo primero que visionó fueron las fotografías de Kora Feuchtenberg.

Con su asombroso parecido con Katherine. David Goodman decidió leer el *currículum vitae* que le había sido asignado.

Vulgar.

La vida gris de un profesor de idiomas.

Pasó al de Katherine Sharp.

Huérfana a la edad de doce años. Es recogida por unos familiares de Virginia que posteriormente se trasladan al estado de Nueva York. Estudia idiomas y secretariado. Azafata de congresos para una empresa de Nueva York a los dieciocho años de edad. Cesa un año más tarde. A los veinte obtiene plaza de azafata de la TWA. Es cesada a los ocho meses. Empleada en diferentes empresas por ciertos periodos de tiempo. A los veintidós años contrae matrimonio con David Goodman, profesor de idiomas...

Goodman dejó los folios sobre la mesa.

Junto con las fotografías.

En el maletín dejó únicamente lo que iba a llevar a Berlín. Pasaportes, pasajes, certificados de vacunación, cédula de matrimonio, permiso de conducir...

Dio las últimas chupadas al enésimo cigarrillo.

Se incorporó abandonando el salón.

Apenas empujar la puerta de su habitación le llegó el seductor perfume.

Chanel 5.

Katherine estaba allí. De pie. Junto a la mesa de noche. Con una corta y vaporosa negligée. Bajo la transparente tela destacaban el

negro encaje del *slip* y el sujetador.

—No podía dormir, David.

—Tampoco yo. Me he dedicado a leer la vida y milagros del matrimonio Goodman. Muy aburrida. —Son recién casados, David. Dudo que les quede tiempo para aburrirse.

Goodman se aproximó.

Ahora percibió con más fuerza el perfume que emanaba de la mujer.

La atrapó por los hombros.

Los labios de Katherine le esperaban entreabiertos. Anhelantes. Ardientes...

Unieron sus bocas.

En largo y apasionado beso.

David Goodman deslizó sus manos por la espalda femenina. Hasta la cintura. Bordeó las torneadas caderas para luego subir ávidamente. Una y otra vez. En caricias más audaces.

—Katherine...

—¿Sí, David? —jadeó la muchacha con los ojos muy brillantes.

—¿Estás segura de lo que haces? Puedes lamentarlo más tarde... arrepentirte.

—¿Arrepentirme? ¿De qué, David? Cumpla órdenes. El señor Frasser dijo que estudiáramos bien nuestro papel, ¿no es cierto? —sonrió Katherine, con un delicioso mohín de picardía—. Ahora vamos a hacer un ensayo de la noche de bodas del matrimonio Goodman.

Los brazos femeninos se entrelazaron tras la nuca de David Goodman.

Lentamente fue arqueando su cuerpo. Presionado por el de Goodman que con suavidad la recostó sobre el lecho.

Unidos sus labios.

Intercambiando caricias.

Ambos con el propósito de repetir el ensayo cuantas veces fuera preciso.

CAPÍTULO VII

El sujetador cayó al suelo.

Katherine lo recogió precipitadamente intentando de nuevo acoplarlo sobre los erectos senos. Llevó sus manos a la espalda pugnando por colocar el cierre.

—¡Deja de mirarme, David! ¡Me pones nerviosa! Goodman, apoyado en el quicio de la puerta, sonrió con cinismo.

—Me parece estar viendo la fotografía de Kora Feuchtenberg, sólo que con algunas diferencias. El seductor cuerpo de Katherine luciendo únicamente dos piezas. El sujetador y el *slip* de tul de nylon.

—¿Diferencias? —inquirió la muchacha ajustando una falda a la cintura—. ¿A qué te refieres? —No lograrás engañar al teniente Pudevkin. Kora es más... exuberante. Más llenita de busto.

—¿Insinúas que yo...?

Goodman silenció las protestas de la joven con un beso.

—Dentro de una hora pasaré con un taxi. Procura estar ya preparada.

—¿Adónde vas tú?

—Tengo que solucionar un pequeño asunto.

David Goodman abandonó el *bungalow*.

Apenas levantarse había telefoneado a San Francisco. Al Nail Hospital. Pocas noticias recibió sobre el estado de salud de su madre. Según el doctor todo se desarrollaba satisfactoriamente, pero era imposible pasar comunicación con ella.

Seguían prohibidas las visitas.

Intentó comunicar también con Jessica Ekland. Sin resultado positivo. No contestaron a la llamada.

De ahí que se decidiera por cursar un telegrama.

No lo hizo desde el *bungalow*.

El teléfono también estaría intervenido por Frasser. Era su costumbre. Y Goodman no quería facilitarle el domicilio ni identidad de su amiga de San Francisco.

David Goodman caminó por Pryor Boulevard hasta su cruce con Cox Street. Fue allí donde dio el alto al taxi.

Le ordenó detenerse mucho antes de la estafeta de correos de Busey Road.

Abonó la carrera.

Tampoco ahora fue directamente a la estafeta. Entró en un *snack* saliendo de inmediato por la puerta de servicio. Descendió la escalera del subway. Confundiéndose entre una multitud que se agolpaba en aquellas primeras horas de la mañana.

David Goodman retornó a la superficie.

Ya próximo a Busey Road.

Convencido de haber despistado a cualquier posible seguidor.

Redactó el telex destinado a Jessica Ekland.

Muy breve.

«Intenta por todos los medios visitar a mi madre.

Espero tu respuesta. Mowe Hotel. Berlín Occidental».

Goodman volvió a introducirse en un taxi.

Al adentrarse en Pryor Boulevard consultó el reloj. Habían transcurrido treinta y cinco minutos desde su salida.

Unas cien yardas antes de llegar al 1519 de Pryor Boulevard, vio salir a un individuo del *bungalow* y dirigirse precipitadamente hacia un estacionado Mercury.

El taxi frenó tras el mencionado vehículo.

Cuando David Goodman descendió, intercambió una mirada con el individuo del Mercury. Éste emprendió la marcha.

Goodman, tras permanecer unos instantes en la calzada, caminó hacia el *bungalow*.

—¡Katherine! —llamó nada más pisar el *living*—. ¿Dónde estás?

La voz femenina respondió al momento.

—¡En la habitación! ¡Ahora voy, David!

Goodman avanzó por el corredor.

Abrió la puerta del dormitorio.

No vio a la muchacha.

—¡Katherine...!

—Espera unos minutos, David —dijo la joven desde el cuarto de baño—. ¡Ahora salgo!

Goodman esbozó una sonrisa.

Pasó a la habitación contigua por la puerta de comunicación.

Reapareció con la maleta en la mano. Tomó también la de Katherine situada al pie del lecho. Las depositó en el *living*.

Acudió al salón para sentarse frente a la circular mesa. Abrió el portafolios apartando los pasaportes, pasajes, certificados de vacunación y demás documentación necesaria para el viaje. Encendió un cigarrillo. También se sirvió un vaso de *whisky*.

Daba las últimas bocanadas cuando apareció Katherine.

Sonriente.

Bella como una diosa.

David Goodman parpadeó. Sorprendido en principio por la peluca negra que ocultaba por completo los rubios cabellos. También llevaba las lentillas oscuras. Ahora resultaba muy diferente a Kora Feuchtenberg.

—¿*Whisky* en ayunas, David?

—Lo mejor. ¿Quieres acompañarme? —Prefiero un café con leche, tostadas y mermelada.

—Lo tomarás en el aeropuerto. —Goodman se incorporó atrapando el maletín—. ¿Quién era el fulano?

Katherine arrugó la nariz.

—¿Cómo?

—El tipo que salió de aquí hace unos minutos. —¿Estás seguro? No he visto a nadie..., nadie llamó a la puerta...

Goodman sonrió.

De seguro que se trataba de uno de los hombres de Frasser. El destinado a vigilarle. Al perder su pista retornó al *bungalow*.

—No tiene importancia, Katherine. ¿Nos vamos? —Antes dame un beso— la muchacha se acercó sensual—. Quiero guardar gratos recuerdos de este *bungalow*.

David Goodman no se hizo de rogar.

Cubrió los entreabiertos labios femeninos.

Al intentar separarse se vio retenido por los brazos de Katherine que le aprisionaban con fuerza. Haciendo aún más voraz el beso todavía no interrumpido. Era la muchacha la que aplastaba su boca contra la de Goodman. Mordisqueándole los labios. Quemándole

con su aliento. También el cuerpo de Katherine parecía despedir fuego.

Un beso largo, volcánico, sensual...

Katherine se separó jadeante.

Deslizó sus manos por el pecho de Goodman.

—David...

—No vamos a llegar, nena. En los vuelos internacionales los trámites son más largos y rigurosos. El taxi está esperando. — Podemos olvidar el desayuno... así nos quedarían unos minutos Goodman sonrió.

Los ojos de la muchacha brillaban con fuerza. Un destello de fuego. El mismo fulgor de la noche anterior.

—Tus ojos resultan cegadores...

—Efectos de las lentillas.

—No, Katherine. Brillan como los de una gata en la noche.

—Cierto, David. Las lentillas son invisibles. Ese brillo en mis ojos es fuego. ¿Cómo puedes resistirlo sin...?

Sonó un claxon.

En largas y repetidas intermitencias... Goodman y Katherine rieron al unísono.

Caminaron hacia el *living*.

Al salir al porche con las maletas acudió el taxista para hacerse cargo del equipaje.

Emprendieron la marcha hacia el Aeropuerto Internacional John F. Kennedy.

Y de allí a Berlín.

Vuelo Nueva York-Berlín.

Sin regreso.

* * *

Katherine ahogó un suspiro.

—Me he quedado dormida... ¿Cuánto nos queda?

—Antes de una hora tomaremos tierra.

—¿Conocías Berlin, David?

Goodman succionó el cigarrillo.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Un poco. Estuve un par de meses.

Desempeñando una misión para la

C. I. A.

Luego unas semanas en Moscú. Deduzco que mis conocimientos de la zona y el dominar el alemán y el ruso influyeron en mi selección, aunque sigo sorprendido. Warwick Frasser cuenta con infinidad de hombres que, sin estar fichados, realizarían el trabajo a la perfección. El elegirme a mí...

—Frasser te considera astuto, inteligente...

—Y traidor.

—¿Qué ocurrió, David? ¿Por qué te condenaron?

Goodman volvió a succionar el cigarrillo.

Demoró la respuesta.

—Me enviaron a cierto país europeo. Desconocía la misión, pero de antemano ya me olía mal.

Recordaba los papeles de la

C. I. A.

en Sudamérica.

—Los más apropiados para proteger los intereses de los EE. UU.

Goodman desvió la mirada hacia la joven.

—Sin duda, Katherine. El más apropiado... y contundente. No hay más que recordar el pasado. La propia

C. I. A.

ha reconocido su participación en el derrocamiento de gobiernos sudamericanos. Yo fui destinado junto con otros agentes para una de esas campañas. Derribar un gobierno es lo más sencillo para la

C. I. A.

, pero en aquella ocasión iba a resultar algo monstruoso. Lo advertí sin que fuera escuchado. Warwick Frasser, al frente de la operación, me aseguró que el golpe sería incruento, pero yo, conocedor a fondo del problema, sabía que no ocurriría así. Miles de ciudadanos podían morir. Hombres, mujeres y niños. Yo había tratado a aquellas gentes. Iban a ser engañados. El poder establecido sería ocupado por un dictador coronado por la

C. I. A.

No lo dudé. Entre la vida de aquellas personas y los intereses de unas multinacionales norteamericanas, no había duda. Al menos para mí. Descubrí el proyectado golpe de estado abortándolo de raíz.

—Y te condenaron a cinco años de prisión... —Sinceramente esperaba más por el delito de traición. Creo que en Washington reconocieron que aquello terminaría en masacre. De ahí que se mostraran benévolos conmigo.

—Yo tengo otro concepto de la Central Intelligence Agency. Y al igual que yo miles de ciudadanos norteamericanos.

—¡Dios! ¿No lo comprendes, Katherine? ¡Yo también creo en la C. I. A.

! ¿Cómo si no iba a solicitar el ingreso en la organización? La C. I. A.

es necesaria. Es nuestra defensa contra potencias hostiles. Sus servicios de información son sumamente valiosos. Miles de hombres de honor trabajan en la

C. I. A.

Dando su vida por los EE. UU. Mueren lejos de su país. Son héroes, verdaderos héroes. La

C. I. A.

ha realizado campañas que cubrirían de gloria a cualquier nación, pero existe otra

C. I. A.

La de los sucios manejos, la corrompida, la que defiende los intereses de unos grupos privilegiados a riesgo de vidas humanas.

Ésa es la Central Intelligence Agency que yo odio.

La que todo buen norteamericano desprecia.

—Yo... no sé qué pensar...

Goodman sonrió.

—¿Desde cuándo trabajas para Frasser?

—Hace pocos meses. Trabajos sencillos. Portadora de mensajes, contactos y envíos a los agentes de Europa. Aprovechando mi empleo como azafata de la TWA. Cuando me cesaron, Frasser dejó de llamarme. Ahora me ha sorprendido con su cita, pero lo comprendí al comprobar mi extraordinario parecido físico con Kora Feuchtenberg. Me habló del proyecto y acepté. He estudiado a fondo todo lo relacionado con Kora.

—Tu papel es el más peligroso, Katherine. ¿Sabes lo que arriesgas? Si te descubren no habrá salvación para ti. Warwick Frasser negará toda participación. El gobierno USA jurará estar al margen de la operación. Ni tan siquiera la posibilidad de un canje.

Te acusarán de espía, de rapto, de suplantación. —Lo sé. No me importa.

—¿Por qué, Katherine? ¿Por qué lo haces? —El señor Frasser me convenció. Es de vital importancia para el país conocer el proyecto ruso. Además... estaba desesperada. Desde mi despido en la TWA no he conseguido un trabajo estable...

—¿Por qué te despidieron?

—Una reducción de plantilla. Y yo entré en el grupo de los cesados.

—¿Y en la Jeffries Company? Tampoco allí permaneciste mucho tiempo.

—Ken Jeffries era un auténtico cerdo. Sus reuniones de negocios terminaban siempre en orgías. Obligaba a sus secretarias y azafatas a participar en los partys para ejecutivos. No soy una mojigata, pero todo aquello era degradante. En otras empresas tampoco tuve suerte. Creí que con mis conocimientos de idiomas, secretariado y contabilidad mecánica se me abrirían infinidad de puertas. Lo cierto es que abundan las chicas como yo. Cuando logré el ingreso en la TWA creí haber alcanzado mi objetivo. Desgraciadamente el sueño duró muy poco.

—Tampoco ahora has tenido suerte, pequeña.

Has aceptado el más inseguro de los empleos.

Katherine sonrió.

—No me arrepiento, David. Si todo sale bien, Frasser me ha prometido cinco mil dólares de gratificación y una plaza de secretaria en un departamento estatal.

—Sigo opinando que has cometido un grave error. —Si una amante de la aventura. Me entusiasman las novelas de espías. Y aquí estoy. Convertida en protagonista.

—Tú

Mata-Hari

y yo James Bond.

La carcajada de Katherine fue sonora.

Por el altavoz se anunció el inmediato aterrizaje y las instrucciones a seguir por los pasajeros.

Katherine se pegó al cristal de la ventanilla.

—Berlin...

—Te gustará.

—Lo dudo, David. Estuve en un par de ocasiones. En breves escalas. Nunca más de las veinticuatro horas. Me pareció una ciudad fría y triste. —Entonces no la conoces. Esta noche te la mostraré, Katherine. Vamos a disfrutar al máximo.

Mañana, a estas mismas horas, estaremos acechando a Kora Feuchtenberg. Rondando el peligro. Tal vez a unos pasos de la muerte.

—Eres un pesimista.

Goodman esbozó una sonrisa.

—No, Katherine. Simplemente conozco el terreno.

Arenas movedizas.

La muchacha no pareció inquietarse.

—Correcto, David. Nos quedan aproximadamente veinticuatro horas para nosotros. Vivámoslas intensamente.

CAPÍTULO VIII

Los trámites aduanero y de control fueron muy severos en el Zentralflughafen Tempelhof de Berlín.

David Goodman y Katherine Sharp pasaron de la oficina de cambio de moneda a la agencia de rent a car.

—Todo está en orden, señor Goodman —dijo uno de los empleados en perfecto inglés—. ¿Tienen la amabilidad de acompañarme?

El individuo les condujo fuera de la terminal. A una de las zonas del *parking* reservada para la flota de la rent a car.

Se detuvieron junto a un Volkswagen color hueso. Un modelo Derby de dos puertas y cuatro plazas.

—Aquí tiene las llaves —sonrió el empleado—. Les deseo una feliz estancia en Berlín. Buenas noches.

Goodman instaló en el portaequipajes las dos maletas.

El portafolios lo arrojó al asiento trasero.

Tomaron asiento.

El Derby abandonó el *parking* enfilando por una de las autopistas que conducía a Berlín. La ciudad distaba seis kilómetros del aeropuerto. —Son seis horas de adelanto— dijo Katherine manipulando en el reloj de pulsera—. ¿No es eso, David?

Goodman echó una rápida mirada a su reloj.

—Ahá. Ahora son las once y tres minutos. ¿Aún llevas la hora de Nueva York?

—Sí. Hemos malgastado seis horas.

Estúpidamente. Sin vivirlas.

—La noche todavía es joven, Katherine.

El auto circulaba por la zona de Kreuzberg. Paulatinamente el tráfico se hizo más denso. El número de vehículos se fue

incrementando en las proximidades de acceso a la ciudad.

David Goodman aprovechó un obligado *stop* para manipular bajo el asiento. Lo deslizó hacia atrás mientras su diestra tanteaba el tapizado.

—¿Qué buscas, David?

Goodman no respondió.

A los pocos segundos tendió una pequeña caja rectangular.

—Guárdala en el portafolios.

—¿Qué es? —inquirió Katherine, perpleja. David Goodman había reemprendido la marcha del vehículo.

—Puedes abrirla.

La muchacha no se hizo de rogar.

Levantó la tapa de la caja descubriendo una automática Walther. Calibre veintidós. Luger. De ocho disparos. Con dos recambios para el cargador.

—¿Estaba ahí? —Parpadeó Katherine—. ¿Cómo sabías que...?

—Lo suponía. Como en los viejos tiempos. Viajando como un ciudadano normal es difícil pasar un arma por los aeropuertos. Warwick Frasser me la proporcionaba en el lugar de destino. Era la costumbre, Por lo visto, nada ha cambiado.

—Espero que no tengas que utilizarla —comentó Katherine guardando la caja en el portafolios—. No me gustan las armas.

—Tampoco yo soy partidario de ellas, pero en ocasiones son necesarias.

Ya circulaban por el centro de Berlín. Una de las ciudades más importantes de la Alemania Occidental. Con más de dos millones de habitantes. Sus calles y plazas bellamente iluminadas. Las terrazas de los cafés muy concurridas. Disfrutando de la primavera la noche. El Derby abandonó Stuttgarter Platz para enfilarse por la longitudinal Kantstrasse. No llegó a divisar el Zoo Garten, girando hacia el Concert Hall. A poca distancia de allí, en una paralela a Hardenbergstrasse, se alzaba el Mowe Hotel. David Goodman frenó a la entrada principal del establecimiento.

Uno de los uniformados empleados del hotel acudió ceremonioso a abrir la portezuela. Otro se hizo cargo del equipaje.

—No estacione el auto en el garaje —advirtió Goodman en perfecto alemán—. Vamos a salir.

—Muy bien, señor.

En recepción cumplieron las fichas de registro siendo acompañados hasta uno de los elevadores del edificio.

El Mowe Hotel era de construcción antigua, aunque dotado del máximo confort. Alfombras en pasillos y escalera. En los salones sociales profusión de espejos, cuadros y artísticos candelabros que le proporcionaban una grandiosidad difícil de encontrar en los hoteles de moderna construcción.

El botones les condujo hasta la habitación número 604.

Goodman le despidió con veinte marcos de propina.

La *suite* disponía de mueble-bar y televisor. El cuarto de baño con grifería artísticamente dorada. David Goodman acudió directamente al ventanal, apartando el cortinaje para abrir la doble hoja.

Salíó al balcón inclinándose sobre la baranda. Después de inspeccionar la pequeña terraza retornó a la habitación.

Katherine se había dejado caer sobre el lecho procediendo a quitarse los zapatos con un gesto de alivio.

Consultó a Goodman con la mirada.

—¿Y bien?

—No hay mucha distancia de un balcón a otro comentó Goodman, encendiendo un cigarrillo. —Se puede utilizar una escalera de cuerda. Sólo dos inconvenientes. Estamos en la fachada principal y el riesgo de ser vistos es mayor.

—¿El otro inconveniente?

—Un sexto piso.

Katherine rió divertida.

—Yo no padezco vértigo. Esperemos que Kora tampoco.

La muchacha abrió las maletas extendiendo la ropa sobre la cama. La fue ordenando en el armario ayudada por Goodman.

—Con este vestido estarías maravillosa.

—No puedo lucirlo, David.

—¿Porqué?

Katherine sonrió contemplando el elegante vestido de cocktail.

—Éste es el modelo que lucirá Kora en la fiesta de mañana. Una copia exacta al diseñado en la Alta Costura Sonia del Berlín Oriental.

—Frasser ha pensado en todo.

—Sí, David. Puedo suplantar a Kora durante la fiesta si llegara el

caso.

Goodman hizo una mueca.

Interiormente reconocía la sagacidad de Frasser y la eficaz labor de sus servicios de inteligencia emplazados en el Berlín Oriental.

Y le molestaba admitirlo.

—No hablemos hoy de ello. Te espero en el bar del hotel.

—No te impacientes —advirtió Katherine—. Cambiarme de vestido y maquillarme lleva su tiempo.

—Te estaría esperando toda una eternidad. Goodman besó a la muchacha en la comisura de los labios abandonando acto seguido la habitación.

Se introdujo en uno de los elevadores.

El restaurante del Mowe Hotel ya había cerrado sus puertas, pero no el salón-bar.

Sólo una media docena de clientes. David Goodman se encaramó en uno de los taburetes del mostrador.

—¿Qué le sirvo, señor?

—Un vodka frío.

El barman extrajo del frigorífico una botella de Wyborowa. Con mucha ceremonia sirvió el vodka polaco en un largo vaso.

Goodman estaba pasando las páginas de uno de los periódicos. Encontró una breve reseña relacionada con la boda a celebrar en el Mowe Hotel. También una parcial lista de los invitados. Entre ellos algunos funcionarios del Volkskammer de la Alemania Oriental. También figuraba el nombre de Kora Feuchtenberg, hija del ilustre científico.

David Goodman encendió un cigarrillo.

Con preocupado semblante.

El acudir tan relevantes personalidades dificultaría la misión. De seguro todos ellos con sus respectivos agentes de seguridad. Sin contar con la vigilancia especial asignada a Kora Feuchtenberg.

No.

No iba a resultar nada fácil.

Goodman pasó a la lectura del Bild Zeitung, del B. Z., del Berliner Morgenpost, del Rheinische Post...

Un segundo vodka.

Un tercer cigarrillo.

Consultó por enésima vez la esfera del reloj. Casi cuarenta y

cinco minutos desde que saliera de la habitación. Aunque había sido advertido por Katherine, empezaba a impacientarse. Esperó diez minutos más...

A la hora exacta abandonó el *snack* pasando a uno de los elevadores.

Sexta planta.

Apenas salir de la cabina descubrió al individuo.

Frente a la habitación número 604.

El alfombrado corredor amortiguó los pasos de Goodman.

—Creo que se equivoca de habitación, amigo.

El hombre dio un respingo girando con rapidez. Su diestra no sostenía una llave del hotel, sino un pequeño juego de ganzúas.

David Goodman, que en principio creyó que se trataba de un cliente del hotel errado de habitación, reaccionó al descubrir el juego de llaves.

—Intentando robar, ¿eh?

—Sí... No me denuncie, por favor...

Goodman arqueó las cejas.

Le sorprendió la rápida confusión del individuo. No tenía aspecto de «rata de hotel». Frisaba en los cincuenta años de edad. Pelo blanquecino. Prominente barriga. Lucía discreto traje oscuro, camisa blanca y corbata.

No.

Era lo menos parecido a Arsenio Lupin.

David Goodman hizo girar el pomo de la puerta. No cedió. Golpeó la hoja de madera con los nudillos.

Katherine no respondió.

—¿Me permites? —Goodman arrebató el juego de llaves al individuo—. Te enseñaré cómo hay que...

El hombre intentó escapar.

Sus torpes movimientos fueron cortados por Goodman con sólo ponerle la zancadilla. Abrió la puerta de la habitación antes de que el individuo lograra incorporarse por completo.

—¡Adentro, amigo!

Le empujó hacia el interior.

Goodman cerró la puerta.

Katherine no estaba en la habitación. Sin duda se habían cruzado en el elevador.

—Tu nombre.

—Klaus Mattern —respondió el hombre con el rostro perlado de diminutas gotas de sudor—. Déjeme marchar... no he robado nada... David Goodman le registró los bolsillos de la chaqueta.

Encontró la billetera.

Al inspeccionarla descubrió documentación a nombre de Klaus Mattern. La fotografía en uno de ellos correspondía con el individuo. Su domicilio en la zona de Tiergarten. Propietario de una librería. El fajo de billetes cercano a los dos mil marcos.

—¿Qué ocurre, Klaus? ¿No marcha bien la venta de libros?

—Es la primera vez... necesitaba reunir una importante cantidad...

—No te creo, Klaus. —Goodman siguió cacheando al individuo—. Eres un mal mentiroso. ¿Qué es esto?

—¡Démelo...! ¡Es mío!

El hombre intentó arrebatar la pequeña caja metálica que Goodman le había quitado de uno de los bolsillos.

David Goodman le soltó un trallazo.

Con la zurda.

De la nariz de Klaus Mattern empezó a brotar sangre.

—Saca el pañuelo, Klaus. No me manches la habitación. Y ahora veamos...

Abrió la caja.

En el interior, cuidadosamente acoplados, una aguja hipodérmica y un par de frascos.

Goodman inspeccionó uno de ellos.

—Heroína... Es heroína, ¿verdad?

El individuo inclinó la cabeza.

—¡Responde, maldita sea! —gritó Goodman—. ¿Es heroína?

—Sí... La acabo de comprar. Mi proveedor se marcha a Hamburgo. No regresará hasta dentro de un par de meses. Tengo que adquirir la máxima cantidad posible. Tenía que conseguir mucho dinero...

Goodman respiró con fuerza.

Le tendió la caja.

—Lárgate.

El llamado Mattern no se hizo repetir la orden. Se precipitó veloz hacia la puerta abandonando la habitación. No utilizó

ninguno de los elevadores.

Echó a correr escaleras abajo.

David Goodman volvió a probar el juego de llaves para dejar cerrada la puerta de la habitación.

Así le sorprendió la llegada de Katherine.

—¡Eh, David! —exclamó la muchacha procedente del ascensor—. ¡Estoy aquí!

—¿Ya has entregado la llave en recepción?

La joven parpadeó avanzando hacia Goodman.

—No... la tengo aquí en el bolso... ¿Cómo has conseguido abrir?

—Con esto —rió Goodman mostrando el juego de llaves—; pero ahora es más difícil cerrar.

Dame la llave.

—Hay manchas de sangre... ¿qué ha ocurrido, David?

—Nada de importancia. He sorprendido a un individuo manipulando en la cerradura. Un pobre diablo. Creí que podía tratarse de algo relacionado con nuestro trabajo, pero era un drogadicto en busca de dinero.

—¿Entraba o salía de la habitación?

—Pues... ¡Diablos! No había reparado en ello. Al ver todo en orden no...

Katherine entró como una exhalación en la *suite*.

Acudió directamente al cuarto de baño. David Goodman entró también tomando el portafolios de encima del armario.

Lo abrió comprobando que el dinero continuaba allí.

—No consiguió entrar, Katherine. Llegué a tiempo de... ¿Qué te ocurre?

Katherine estaba apoyada en la puerta del cuarto de baño.

Pálida.

Con los labios temblorosos.

—Nada...

—¿Te encuentras bien? Estás temblando...

—¡No es nada! —gritó súbitamente Katherine—. ¡Me encuentro perfectamente!

La muchacha comenzó a pasear por la estancia.

Nerviosa.

Abriendo y cerrando las manos.

David Goodman se percató de que la tapa del depósito de agua

del wáter había sido levantada.

—Katherine...

—¡Déjame! ¡Déjame sola!

Goodman atrapó bruscamente el brazo izquierdo de la joven. Pese a la resistencia de Katherine logró subir la manga del vestido.

Y bordeando la vena del antebrazo descubrió los diminutos puntos.

Originados por los repetidos pinchazos de una aguja hipodérmica.

CAPÍTULO IX

Katherine empezó a llorar.

Histérica.

—¡Sí...! ¡Sí! ¡Eran para mí! ¡Lo necesito!

—Ese hombre era un enviado de Frasser —dijo Goodman con voz carente de inflexión—, ¿no es cierto?

La joven asintió.

En nervioso movimiento de cabeza.

—Yo no podía viajar con la droga desde Nueva York por temor al control de los aeropuertos. Frasser me aseguró que tendría mi dosis apenas llegar a Berlín. Un individuo la escondería en el cuarto de baño. Le esperé, pero al comprobar que se demoraba decidí reunirme contigo. Al regresar al hotel ya me ocuparía de ella. Aún no la necesitaba con urgencia.

—Ya te habías inyectado esta mañana en Nueva York, ¿verdad? El fulano que vi salir del *bungalow*. Debí sospechar del extraño brillo de tus ojos. Demasiado intenso para ser real.

Procedía del paraíso artificial originado por la heroína.

—Tú no puedes comprenderlo —sollozó Katherine, aferrándose los cabellos con crispadas manos—. Me encontraba bien. No necesitaba la dosis hasta más avanzada la noche, pero ahora me hace falta.

—El saber que no la tienes es lo que te desespera, Katherine. Procura calmarte. Yo puedo ayudarte a...

—¡Nadie puede ayudarme! ¡La necesito! ¡Oh, Dios...!

Katherine se derrumbó sobre el lecho. David Goodman se aproximó abrazando protectoramente a la muchacha.

—¿Desde cuándo te domina, Katherine?

La joven alzó el rostro.

Las facciones desencajadas.

—Fue... fue en uno de los partys para ejecutivos de la Jeffries Company. Una compañera me hizo tomar una pequeña dosis de LSD para soportar mejor la visión de aquellos bastardos. Me aficioné a ello. Era maravilloso vivir los más fantásticos sueños, flotar entre nubes ajenas a la suciedad de este mundo...

—Paraísos artificiales, pequeña.

—¿Y qué? ¡En ellos yo era la reina! No me importaba volver luego a la realidad. Enfrentarme de nuevo a las bestias humanas con su odio, su ambición, su egoísmo... Una de aquellas dosis me proporcionaba la fuerza necesaria. Paulatinamente fui necesitando mayor cantidad. De la LSD pasé a las anfetaminas, a la metedrina... Me despidieron de la Jeffries Company por mis desequilibrios nerviosos. Al igual que de las demás empresas. Voluntariamente me sometí a una cura de desintoxicación. Fue entonces cuando ingresé en la TWA.

Katherine hizo una pausa.

Sus labios volvieron a temblar.

Clavó con fuerza sus uñas en los brazos.

—Creí estar curada, David... pero entonces apareció un hombre. Se llamaba Murray Maxwell. Era escritor. Un hombre fascinante. Le conocí en uno de los vuelos a París. Nos enamoramos. Cierta día celebraba en su apartamento la publicación de un nuevo libro. Yo acudí a la fiesta. Terminada la reunión se fueron marchando los invitados. Al quedar solos, Maxwell me confesó que su novela iba a ser un *best-seller*. Que la había escrito en un continuo «viaje». Y entonces me mostró la heroína. Sugirió que nos inyectáramos juntos.

Yo me negué. Conocía los terribles efectos de la heroína, su brutal dependencia... Traté de escapar de allí. Fue inútil. Realicé el más alucinante de los viajes. A los pocos días recibí un paquete de Maxwell. Me notificaba que se marchaba a Europa y, para que me consolara, me regalaba unas dosis de heroína.

El rostro de David Goodman contenía difícilmente una mueca de odio. Sus grises ojos así lo reflejaban.

—Al poco tiempo conociste a Frasser —dijo Goodman con tensa voz— y te propuso colaborar en pequeños servicios para la

C. I. A.

—Así fue. Yo te advertí que era drogadicta, pero aquello no pareció importarle. Todo lo contrario. Se comprometió a suministrarme dos pequeñas dosis diarias, las que me eran habituales, para evitarme el deambular entre los proveedores profesionales con riesgo de ser detenida por la Brigada de Narcóticos. Comprendió mi problema. —Seguro. Frasser siempre fue muy comprensivo—. Le estoy agradecida, David. Con la seguridad de obtener mis dos dosis, ya fuera en Nueva York, Londres o Madrid, me mostraba más confiada y segura. No sufría angustia alguna o temor a la falta de suministro. Fui despedida de la TWA. Alguien les informó que me había visto inyectar droga. Deambulé en busca de trabajo hasta que...

—Te recogió el bueno de Frasser. ¡Maldita sea, Katherine! — Goodman se incorporó dando rienda suelta a su ira—. ¡Te han engañado! ¡Te han utilizado, Katherine! Ellos te hicieron de nuevo caer en el infierno de la droga, pero ya no en las supuestamente inofensivas. Te querían dominada. Y de ahí que te impulsaran a la heroína. Difícilmente se escapa de ella.

—Fue Murray Maxwell quien...

David Goodman detuvo su furioso pasear para precipitarse hacia la muchacha. La sujetó por los hombros zarandeándola.

—¿Maxwell? ¡Murray Maxwell es un asqueroso hijo de perra! Le conozco. Es popular en Langley.

La

C. I. A.

le encomienda los más sucios trabajos. Las más vergonzosas misiones son realizadas por el entusiasta Maxwell.

—Es... ¿es un agente de la

C. I. A.

?

—¿Aún no lo comprendes, Katherine? Frasser ya había trazado su plan. Necesitaba a alguien con un extraordinario parecido con Kora Feuchtenberg. Una mujer de unos veinte o veintidós años que dominara el alemán y el ruso. La buscó pacientemente. Hizo pasar los datos por las computadoras. Apuesto a que fuiste seleccionada con otras muchas más, pero Frasser te eligió a ti. Conocía tus antecedentes.

Tú cura de recuperación. Cualquier muchacha sensata rechazarla la misión, pero tú serías fácil presa. Murray Maxwell te tendió el anzuelo. Lo demás resultaría sencillo.

Katherine parpadeó.

Aturdida.

—No... no puede ser cierto...

—Lo es. Ya te lo he dicho. Conozco a Maxwell. ¿Quieres su descripción? Alto, pelo rubio y rizado, atractivo rostro casi femenino...

—¡Basta, David! ¡No me importa! ¡No me importa haber sido engañada! Sólo conozco la felicidad merced a esas dos inyecciones diarias. ¡Y no quiero renunciar a ellas! ¡Necesito la dosis!

¡Tengo que conseguirla...!

Katherine se levantó corriendo hacia la puerta. David Goodman se interpuso atenazándola por los hombros.

—Katherine...

—¡Suéltame...! ¡Déjame salir...! Padecí una vez el síndrome... la abstinencia es enloquecedora... tengo que lograr...

Los gritos de la joven eran desgarradores.

Goodman la abofeteó.

Contempló el rostro de Katherine. Surcado por las lágrimas. Las facciones crispadas. Moviendo los labios, pero ahora sin emitir sonido alguno. Goodman acarició suavemente las mejillas femeninas.

Con ambas manos.

—De acuerdo, pequeña. Yo te lo conseguiré.

Katherine agrandó los ojos.

—¿De... verdad...? Me juras que...

—Confía en mí, Katherine. Regresaré lo antes posible.

David Goodman abandonó la habitación cerrando la puerta con llave. Descendió en uno de los elevadores. Al llegar a la planta baja acudió hacia la alfombrada escalera donde permanecía uno de los botones del hotel.

—Una pregunta, muchacho —dijo Goodman mientras mostraba un fajo de billetes—. Hace pocos minutos bajó un individuo por esta escalera. Era inconfundible. Sangraba como un cerdo.

El botones sonrió.

—Klaus Mattern. Es nuestro proveedor de revistas y periódicos.

Fue directamente al botiquín del hotel. Dijo que había tropezado con una puerta.

—¿Dónde está el botiquín?

—Si lo que desea es hablar con Mattern le encontrará en el bar. Le he visto entrar hace apenas un minuto.

Goodman le tendió un par de billetes.

Fue al bar del hotel.

Allí estaba Klaus Mattern. Vaciando de un solo golpe una copa de *brandy*.

Palideció al ver aproximarse a Goodman.

—Tranquilo, Klaus. Dame la caja.

—¿Cómo?

—Me has oído perfectamente, Klaus. No eres tú quien la necesita.

El individuo comprendió.

Discretamente entregó la caja.

Minutos más tarde David Goodman introducía la llave en la cerradura de la habitación 604. Apenas abrir la puerta, Katherine corrió a su encuentro.

—¿La tienes...? ¿Lo has conseguido...?

Le arrebató la caja de las manos.

Katherine rió.

Nerviosamente.

Retrocedió oprimiendo la caja contra su pecho.

—Es un instante, David... enseguida estoy contigo...

Katherine se encerró en el cuarto de baño.

Goodman giró sobre sus talones.

Ya no se molestó en cerrar la puerta con llave. Descendió a la sala de recepción respondiendo maquinalmente al saludo del conserje.

Se detuvo bajo el toldo del Mowe Hotel. —Las llaves de su auto, señor— dijo el uniformado portero.

—Ya no voy a utilizarlo —respondió Goodman—. Puede llevarlo al garaje.

—Muy bien, señor.

David Goodman encendió un cigarrillo.

Empezó a caminar.

Sin rumbo.

Lo avanzado de la noche hacia que las calles de Berlín aparecieran semidesiertas.

Una amarga sensación de soledad se apoderó de Goodman.

La misma que experimentaba en la celda de castigo de Foxs Hill.

Fue al pasar junto a la escalinata del Jewish Community Center cuando se le aproximó la mujer.

—¿Puedes darme fuego?

Goodman accionó el encendedor.

La llama iluminó las facciones de la mujer. De unos veinticinco años de edad. Rostro atractivo. Seductor. Salpicado de graciosas pecas. Dedicó a Goodman una dulce sonrisa. —Tienes las manos frías— comentó la mujer envolviendo con sus manos las de Goodman. Succionó el cigarrillo apartándolo seguidamente de los gordezuelos labios—. A estas horas siempre refresca un poco. En mi apartamento no funciona la calefacción pero tengo una botella de vodka sin abrir.

Se miraron a los ojos.

Los de la mujer eran oscuros. Chispeantes. De alegre mirada.

—Mi nombre es David.

—Hablas muy bien el alemán, David. Yo soy Eva.

Goodman rodeó los hombros de la mujer.

—Vamos a por esa botella de vodka, Eva.

CAPÍTULO X

David Goodman regresó al hotel a la hora del almuerzo.

En el salón del vestíbulo se encontraba Katherine. En uno de los sillones. Al percatarse de la llegada de Goodman se incorporó acudiendo a su encuentro.

—¡David...! ¿De dónde sales? He estado toda la noche intranquila y llevo toda la mañana tratando de...

—Habla un poco más bajo —rogó Goodman llevando los dedos corazón y pulgar a las sienes—. Tengo una terrible resaca. Dame la llave...

—Está en recepción. Iré a por ella.

—Okay.

Goodman se encaminó hacia uno de los elevadores.

Allí esperó el retorno de Katherine.

Subieron a la sexta planta.

—¿Dónde has estado? —inquirió Katherine ya dentro de la habitación—. Temí que te hubiera ocurrido algo.

Goodman se despojó de su chaqueta.

Abrió los grifos de la bañera tomando del armario un juego de ropa interior y calcetines.

—¿No quieres responderme, David? —Me emborraché, Katherine. Me ventilé una botella de vodka y perdí la noción del tiempo.

—¿Estabas acompañado?

—¡Qué diablos importa eso!

La muchacha inclinó la cabeza.

—Me desprecias, ¿verdad, David?

—No digas tonterías. Tú no eres culpable de nada. Te han utilizado. Al igual que a mí. Los dos somos marionetas. Sólo una

cosa importa, Katherine. Cuando terminemos el trabajo ambos debemos romper las ataduras que nos ligan a Frasser.

—Ya que mencionas nuestra misión te diré que Kora Feuchtenberg ya ha llegado al hotel.

Acompañada del teniente Pudevkin y dos hombres más. Ahora están en sus respectivas habitaciones. La ceremonia es dentro de dos horas. Luego se reunirán todos los invitados en el Salón Azul del Mowe Hotel para el banquete nupcial.

—Sin duda el acceso a ese Salón Azul será rigurosamente controlado.

—Tenemos invitaciones, David. En recepción me entregaron un sobre cerrado. Sin remite. Al abrirlo descubrí las dos invitaciones.

Goodman esbozó una sonrisa.

—El bastardo de Frasser sigue moviéndose entre las sombras.

—¿Acudiremos a la fiesta?

—No lo considero muy prudente. Con la peluca negra, las lentillas oscuras y ese delicioso lunar falso en la mejilla ciertamente borras todo parecido con Kora, pero un observador más sagaz podría descubrirlo. Ahora no estoy en condiciones de pensar. Voy a darme un baño.

—Te esperaré para almorzar.

—Hazlo sin mí. Yo no tengo hambre. El café sí lo tomaremos juntos, ¿de acuerdo?

Katherine asintió con débil movimiento de cabeza. Cuando la muchacha hubo abandonado la habitación, Goodman pasó al cuarto de baño.

Permaneció en la bañera largos minutos.

Disfrutando del relajante baño.

Más tarde culminó también el afeitado con un vigoroso masaje.

En paños menores retornó a la habitación. Del armario extrajo nueva vestimenta. Allí quedaba el *smoking*.

Para lucir en el Salón Azul.

David Goodman salió de la habitación.

Pulsó el botón de llamada del elevador.

La cabina, procedente del piso inferior, se detuvo abriendo automáticamente la metálica puerta.

En el interior dos ocupantes.

Un hombre y una mujer.

El individuo lucía uniforme militar. Graduación de teniente. La muchacha un traje-chaqueta de elegante diseño.

—¿Entra? —interrogó el individuo.

—Sí, gracias.

La capacidad de reacción en David Goodman fue inmediata. Dominando su sorpresa inicial. El asombro que le originó el ver a la joven.

Una exacta réplica a Katherine.

Sólo que con el cabello rubio, los ojos azules y sin el lunar en la mejilla.

Estaba frente a Kora Feuchtenberg.

* * *

La muchacha era la más próxima al tablero de mandos.

—¿Planta baja? —preguntó Kora Feuchtenberg con leve sonrisa.

David Goodman asintió correspondiendo a la sonrisa.

Al detenerse el elevador en la sala de recepción se hizo a un lado para permitir el paso de la pareja. Antes de llegar a la conserjería se les unieron dos individuos. Juntos abandonaron el hotel.

Goodman se dirigió al restaurante.

Dado lo avanzado de la hora quedaban ya muy pocos comensales.

Katherine había ocupado una de las mesas más discretas y apartadas. Ya había concluido el almuerzo.

David Goodman tomó asiento frente a la muchacha.

Le dedicó una penetrante mirada.

—Es asombroso... He coincidido en el elevador con Kora. Si te quitas la peluca, las lentillas y el lunar, nada te distingue de Kora Feuchtenberg. Incluso la misma voz. He oído la de Kora. Me habló en alemán. Tiene tu mismo tono... la misma inflexión...

Katherine sonrió.

—Soy yo quien me he amoldado a la voz de Kora.

Fraser me proporcionó muy buenos maestros.

—Empiezo a confiar en el éxito, pequeña. Lograrás engañarles, pero procura separarte de ellos lo antes posible. Simula una jaqueca o cualquier otra dolencia. Acude de inmediato al agente de enlace en el Berlín Oriental.

—No te preocupes por mí, David. Sé a la perfección lo que debo hacer.

La llegada del maitre les hizo interrumpir momentáneamente la conversación. La reanudaron después de que les fueran servidas sendas tazas de café y una copa de *brandy* francés.

—Los dos guardaespaldas marcharon con Kora y Pudevkin. Eso quiere decir que no vigilan las habitaciones. Creo que podemos hacer la suplantación sin el menor riesgo, Katherine. Descarto la comunicación con Kora durante la fiesta. Demasiado peligroso. Por otra parte tú tendrías que ir con el mismo vestido que Kora. —Ella está al corriente de que hoy se efectuará la suplantación. De seguro se esforzará en facilitar la operación.

—No lo dudo, pero tampoco podemos estar a la espera. Somos nosotros los que tenemos que elegir el momento y el lugar apropiado. Vuelvo a insistir en la peligrosidad de que deambules por el hotel ya en tu papel de Kora Feuchtenberg. Si alguien te viera todo el plan se vendría abajo.

—¿Qué has pensado?

Goodman encendió un cigarrillo.

Lo succionó repetidamente.

—Kora y los demás han ido ahora a la ceremonia oficial de la boda. Al regresar al hotel, Kora se cambiará de vestido y bajará para la fiesta en el salón Azul. Nosotros aprovecharemos para entrar en su habitación. Tú te quedas allí escondida. En el cuarto de baño, tras el biombo o debajo de la cama. Cuando regrese Kora lo hará acompañada de su prometido. Se despiden...

—Y entonces me presento ante Kora.

—Ahá. Procura no asustarla. Puede gritar... y los rusos tienen el oído muy fino. Tú ocupas el lugar de Kora y ella se pone tus ropas. Incluido, por supuesto, la peluca negra, las microlentillas y el lunar de la mejilla. Hasta aquí todo resultará sencillo. Sólo resta encontrar la forma de que Kora salga de la habitación.

—¿Crees que vigilarán la puerta toda la noche?

—Me temo que sí.

—Entonces utilizaremos los balcones. Tú puedes izar a Kora mediante una cuerda atada a su cintura.

—Corremos el riesgo de ser vistos.

—¿Hay otra solución, David?

Goodman quedó pensativo.

Después de vaciar la copa de *brandy* chasqueó la lengua.

—No, no la hay. Podría desembarazarme del individuo que controla la puerta, pero eso despertaría sospechas. Te resultaría sumamente difícil desempeñar tu papel de Kora Feuchtenberg. De acuerdo, pequeña.

Utilizaremos el balcón.

—Esperemos que Kora no abandone muy tarde la fiesta. El avión Berlín-Londres-Nueva York sale a las seis de la madrugada.

—Eso no es problema. De no llegar a tiempo emprenderíamos viaje a Bonn para enlazar con el primer avión rumbo a los EE. UU.

—Para el de mañana ya tenemos los pasajes, David. Esperemos que a Kora se le ocurra retirarse pronto.

Goodman tomó entre sus manos la zurda de la joven.

Se miraron a los ojos.

—Desearía encontrar otra manera de realizar la misión, Katherine. Cualquier cosa que no te obligara a quedarte arriesgando la vida.

—Todo saldrá bien, David.

—Sí, pequeña. Y yo te esperaré en Nueva York. Quiero que lo sepas. Te esperaré. Cuenta con mi ayuda... si es que desees aceptarla.

Los ojos de Katherine se nublaron.

Movió levemente la cabeza.

—Iré a tu encuentro, David.

CAPÍTULO XI

Ya estaban en la habitación 504.

Katherine lucía un ceñido pantalón, blusa y chaquetilla *pullover*. Una vestimenta muy adecuada.

Se había despojado de la negra peluca, las lentillas y el lunar de la mejilla.

—Kora llevaba el pelo algo más corto y recogido —murmuró Katherine retocando su rubia cabellera—. Tendré que...

—Ahora no es el momento, Katherine. La misma Kora te ayudará. Tienes que esconderte. En el cuarto de aseo, dentro de la bañera, y oculta por el cortinaje, es un buen lugar.

—La fiesta apenas ha comenzado, David. —Los rusos son parcos en diversiones. Tenemos que ser prudentes, pequeña. ¿Recuerdas mis instrucciones?

—Sí.

—Bien... Debo irme.

—¡Oh, David!

Unieron sus labios.

En largo y apasionado beso.

—Mantengo mi promesa, Katherine. Te esperaré en Nueva York. Confía en mí y te sacaré del infierno de la heroína. Buena suerte.

—Adiós, David.

Goodman abandonó la estancia.

Con el juego de llaves arrebatado a Klaus Mattern cerró de nuevo la puerta de la habitación.

Utilizó la escalera para subir al piso superior. Una vez dentro de su habitación procedió a preparar el equipaje. Del portafolios extrajo la Walther, acoplando un cargador en la recámara. Examinó la cuerda adquirida. Con ella entre sus manos se recostó en el lecho.

Encendió un cigarrillo.

De uno de los extremos de la cuerda, cada cuatro o cinco palmos, comenzó a formar nudos. Le servirían de apoyo.

La espera fue tensa.

El cenicero de la mesa de noche ya repleto.

David Goodman consultó la esfera del reloj.

Y a habían transcurrido cuatro horas.

A las cuatro horas y veinte minutos escuchó los tres golpes en el suelo.

La acordada contraseña.

Esos tres golpes que Katherine daba en el techo significaban que todo iba bien. Que había contactado felizmente con Kora.

Goodman se incorporó como impulsado por un resorte.

Quedó a la expectativa.

En espera de otros tres nuevos golpes.

Forzó una sonrisa reconociendo su impaciencia. Debía dar tiempo a que las dos muchachas intercambiaran sus ropas. Katherine sólo tenía que ponerse un camisón de dormir, pero Kora debía ajustarse la ropa, la peluca, las lentillas... y también dejar pasar tiempo por temor a que Pudevkin se le ocurriera volver a despedirse de su prometida.

Fue a los cuarenta y cinco minutos.

De nuevo los tres golpes en el suelo.

Goodman apagó la luz de la habitación.

También Katherine lo haría.

Dado lo avanzado de la noche, el luminoso de neón del Mowe Hotel se había eclipsado. Al igual que la mayoría de los letreros de la zona. Una relativa oscuridad parecía facilitar la operación. David Goodman, antes de arrojar la cuerda por el balcón, se cercioró de que no había nadie por las ventanas vecinas. Tampoco en ese instante circulaba vehículo alguno por la calle.

La cuerda quedó de balcón a balcón.

Goodman se inclinó sobre la baranda.

Contempló cómo Kora Feuchtenberg, ya con la cuerda anudada a la cintura, se aupaba sobre la balaustrada. Tendió sus brazos aferrándose a la cuerda.

Y Goodman empezó a tirar.

La cuerda quedó tensa.

El cuerpo de Kora en el vacío.

Lentamente, aunque con firmeza, se realizó el ascenso.

Las manos de Kora ya rozaban la baranda. David Goodman soltó la cuerda atenazando los brazos de la muchacha ayudándola a salvar el obstáculo...

Quedaron unos instantes en el balcón jadeantes. Tras aquella breve pausa penetraron en la habitación.

Goodman encendió la luz.

La muchacha estaba pálida. La peluca se había desprendido hacia atrás mostrando los rubios cabellos. Las lentillas habían oscurecido sus azules ojos.

—Hola, Kora —sonrió Goodman, animosamente—. ¿Todo bien? —Sí...

—Katherine ya te habrá dicho mi nombre.

—Sí... David Goodman... Yo soy la señora Goodman —la voz de Kora trémula e insegura—. Disfrutamos de nuestra luna de miel y...

—Tranquila, Kora. Aquí nadie te hará preguntas. Nos marchamos ahora mismo. Dentro de unas... tres horas sale nuestro avión. Arréglate bien la peluca y... lo demás —sonrió Goodman fija la mirada en la desabotonada blusa—. Voy a telefonar a recepción para que nos preparen la factura y el auto.

Mientras Goodman tomaba el auricular la joven pasó al cuarto de baño.

Guardó la Walther en su costado izquierdo. Bajo el cinturón.

Con el portafolios en la diestra acudió junto a Kora.

—A ver... Déjame mirarte...

Kora, frente al espejo, giró.

La negra peluca ya perfectamente acoplada.

—Sigue uno de los botones mal, Kora.

La muchacha enrojeció ligeramente.

—Oh, yo... los acabo de abotonar todos...

—Puede que seas un poco más desarrollada que Katherine —sonrió Goodman—. Por lo demás perfecto. ¡Un momento...! El lunar. Katherine lo llevaba en la mejilla izquierda. Y tú lo tienes en la derecha.

—Fue ella quien me lo colocó.

—Un grave error. El recepcionista puede reparar en ello. Incluso en el control de aeropuerto al contemplar el pasaporte.

—Ahora lo cambio...

—Déjame a mí.

Se miraron a los ojos.

El parpadear de Kora era casi continuo. —Me cuesta amoldarme a las lentillas— se disculpó.

—En él avión ya podrás quitártelas.

Sonaron unos golpes a la puerta.

Kora dio un respingo.

—Tranquilízate, pequeña. Es el botones.

Goodman abrió la puerta.

El empleado del hotel se hizo cargo del equipaje. Descendieron en el elevador.

—Espérame en el auto, querida —dijo Goodman deteniéndose al pasar junto al mostrador de recepción—. ¿Tiene ya mi cuenta?

El conserje le mostró la factura.

David Goodman la abonó añadiendo una generosa propina.

El individuo inclinó la cabeza ceremonioso.

—Gracias, señor. Lamento sinceramente que tan triste noticia haya turbado su estancia entre nosotros.

Goodman entornó los ojos.

—¿Noticia...? ¿A qué triste noticia se refiere?

El recepcionista hizo una mueca.

—¿Su... su señora no le ha dicho nada? La llamada era para usted, señor Goodman. Creí que ella... me temo que he cometido una indiscreción.

—¿Una llamada de los EE.UU.?

—Sí, señor. Fue esta mañana. Usted no estaba en la habitación y tampoco respondía la señora Goodman. Le llamaba Jessica Ekland, desde San Francisco. Yo mismo tomé nota del mensaje.

Poco más tarde se lo leí a la señora Goodman.

Creí que ella...

—¿Qué le dijo? —interrumpió Goodman secamente—. ¡Responda!

El recepcionista rebuscó nerviosamente en un pequeño archivador de mesa.

—Aquí... aquí lo tengo, señor... Copié textualmente las palabras que me dictó Jessica Ekland.

David Goodman tomó el papel.

Unas breves líneas.

David: Tu madre murió. El mismo día de su ingreso en el Nail Hospital. Lo he descubierto extraoficialmente. Ignoro el motivo pero mantienen oculta su muerte. Continúan simulando que está con vida. Lo lamento, David. Jessica. David Goodman arrugó el papel entre sus manos. Con el rostro deformado por una mueca de marcado odio.

* * *

El Derby circulaba ya por la autopista que conducía al aeropuerto Tempelhof. —¿Ocurre algo, David?— inquirió Kora, tímidamente—. Desde que salimos del hotel... —Nada relacionado contigo, Kora. Me han informado de la muerte de mi madre. Kafferine lo sabía, pero me ocultó la noticia.

—Lo... lo siento, David.

Goodman sonrió.

En dura mueca.

—Debí sospecharlo. El bastardo de Frasser... Chantajeándome con el cadáver de madre. El muy...

Súbitamente un auto que parecía iba a realizar un adelantamiento giró con brusquedad precipitándose hacia el Derby.

David Goodman dobló el volante para evitar la colisión. No lo logró. El encontronazo le hizo saltar a la cuneta.

Dos individuos descendieron del coche agresor. Uno de ellos se adelantó portando en su diestra un

Smith &

Wesson calibre cuarenta y uno especial.

—¡Fuera del auto, Goodman! Tu pasaje no es de ida y vuelta. Te quedarás aquí para siempre. David Goodman obedeció, pero no como esperaba el individuo.

Con violencia abrió la portezuela del auto proyectándola contra el individuo que trastabilló aparatosamente terminando por perder el equilibrio.

Goodman llevó su diestra al costado izquierdo apoderándose de la Walther.

El otro hombre también extrajo un arma de la funda sobaquera. Sonriente. Con suicida lentitud.

Permitiendo que Goodman apretara el gatillo.

Una y otra vez.

Sin que se originara ningún disparo. —¿Ya te has cansado?— rió el individuo procediendo a enroscar un tubo silenciador al cañón—. A un lado, Goodman. No quiero herir a tu bella acompañante.

David Goodman contemplaba con estupor su automática.

Su alarde de reflejos sorprendió al individuo que no pudo esquivar el impacto de la Walther contra su frente.

Y Goodman fue tras el arma.

Abalanzándose sobre el individuo.

Rodaron hacia el asfalto de la autopista. —¡Apártate, Eberhard! — gritó el otro hombre ya repuesto del golpe—. ¡Le llenaré de plomo! Para el llamado Eberhard resultaba muy difícil zafarse de su contrincante. De ahí que optara por quedarse inmóvil. Sometido a los puños de Goodman, pero también fuera de la línea de fuego.

David Goodman se percató de aquella sospechosa entrega. Giró aferrándose al individuo. Obligándole a rodar con él.

Eberhard sufrió una sacudida.

Víctima de los disparos de su propio compañero.

Este quiso rectificar tan grave error, pero Goodman no se lo permitió.

En su poder el arma de Eberhard.

Ésta sí funcionó.

Una sola bala fue suficiente.

A la cabeza del individuo.

Entre ceja y ceja.

David Goodman apartó el cuerpo de Eberhard que le aplastaba en macabro abrazo.

Se incorporó.

Con torpe paso avanzó hacia el Derby.

La muchacha le contemplaba con desorbitados ojos.

—¿Estás bien, Kora?

Kora movió la cabeza.

Incapaz de responder.

David Goodman procedió a ocultar los dos cadáveres entre los arbustos. El auto, en la cuneta, no llamaría la atención a los escasos vehículos que pasaban por la autopista. Antes de introducirse en el Derby recogió su Walther.

Al desmontarla asomó a sus labios una fría sonrisa.

—David...

—No te preocupes, Kora. —Goodman arrojó el arma situándose frente al volante y reanudando la marcha—. Todo está saliendo conforme al plan previsto.

CAPÍTULO XII

Por el altavoz se anunció el inmediato aterrizaje en el Aeropuerto Internacional de John F.

Kennedy.

David Goodman presionó la mano de la muchacha.

—Deja ya de temblar, Kora, pareces un flan.

—Estoy... estoy muy nerviosa...

—Ya todo ha terminado, pequeña. Estás en el país de la libertad, de la democracia, el paladín de los derechos humanos... Lejos del yugo soviético.

—No te comprendo, David. Tu forma de hablar... —Olvídalo. No hago más que acentuar tu nerviosismo y tu miedo.

—No... no tengo miedo...

—No debes disculparte. Es lógico. Acabas de dar un importante y decisivo paso. Tu vida va a cambiar por completo. También yo he temblado en muchas ocasiones. Mi frente también se ha perlado de sudor.

Kora forzó una sonrisa.

Pasó un pañuelo por su frente.

—Estoy inquieta por mi padre...

—Apuesto a que ya está en los EE. UU. Hacemos bien las cosas, Kora. Apenas realizada la suplantación se le habrá comunicado tu viaje hacia Nueva York. Y él habrá solicitado la hospitalidad de los EE. UU.

El avión tomó tierra.

Nada más concluir los trámites aduaneros tres individuos se aproximaron a Goodman.

—Hola, David. ¿Cómo te encuentras? —saludó uno de ellos.

Goodman le reconoció.

Joseph Winters, un viejo compañero de la
C. I. A.

—Un poco cansado.

—Bienvenida, señorita Feuchtenberg —saludó Winters—. ¿Quiere acompañarme? Tiene una llamada.

Joseph Winters y Kora penetraron en una dependencia privada del aeropuerto. David Goodman quedó junto a los otros dos agentes.

La muchacha retornó a los pocos minutos. La expresión de su rostro había cambiado. Ya no denotaba angustia. Sonreían sus labios, sus ojos...

—¡He hablado con mi padre, David! ¡Ya está aquí! ¡En los Estados Unidos! Nos reuniremos en California.

—Debemos irnos —dijo Joseph Winters—. Nos espera un auto.

Salieron del *parking* deteniéndose frente a un viejo modelo de la Ford.

Las dos maletas y el portafolios fueron acopladas en el portaequipajes.

—¿Voy con vosotros?

—No, David. Acude al *bungalow* —informó Winters—. El señor Frasser establecerá contacto contigo.

Kora interrumpió el iniciado ademán de introducirse en el auto.

Giró hacia Goodman.

—Adiós, David.

—Buena suerte, pequeña. Si necesitas ayuda no dudes en acudir a mí.

Se miraron a los ojos.

Intensamente.

—Se nos hace tarde, señorita Feuchtenberg —apremió Winters.

—Sí... ya voy...

El vehículo inició la marcha.

Kora se asomó a la ventanilla.

Dirigiendo a Goodman una última mirada. David Goodman permaneció inmóvil hasta ver desaparecer el auto.

Encendió un cigarrillo. Con lento paso caminó hacia los estacionados taxis.

No tenía prisa.

El sol lucía en lo alto anunciando un espléndido día. De nuevo las calles de Manhattan. Chinatown, Greenwich Village, Chelsea,

Murray Hill...

—Ya hemos llegado, señor.

Goodman, reclinado en el asiento, abrió los ojos al oír la voz del taxista.

Parpadeó.

Sí.

Ya estaban frente al 1519 de Pryor Boulevard. Aislado en sus pensamientos las diecisiete millas de distancia del aeropuerto a la ciudad fueron como un soplo.

Descendió del vehículo abonando la carrera. Para David Goodman no pasó desapercibido el Buick estacionado a poca distancia.

Dos individuos en el asiento delantero.

Esbozó una sonrisa.

Los sabuesos de Frasser ya estaban allí.

Avanzó hacia el *bungalow*.

Nada más pisar los escalones del porche se abrió la puerta de la casa.

Warwick Frasser bajo el umbral.

—¡Un magnífico trabajo, David! ¡Te felicito!

Goodman no respondió.

Igualmente hizo caso omiso a la mano que le era ofrecida.

Acudió directamente al mueble-bar del salón.

—¿Qué te ocurre, muchacho? ¡Todo ha salido a la perfección!

—¿De veras?

La fría voz de Goodman no borró la sonrisa de Warwick Frasser.

—¡Seguro! Ahí tienes los periódicos. Dada la diferencia de horario la noticia ha sido publicada en todos los vespertinos.

David Goodman tomó asiento en el sofá con un vaso de *whisky* en la diestra.

Dirigió una superficial mirada a los periódicos. La noticia era en primera plana. A grandes titulares. «El profesor Franz Feuchtenberg solicita asilo político en los Estados Unidos». Goodman palideció.

Uno de los diarios ofrecía dos titulares. Uno de ellos relacionado con el asilo político concedido a Feuchtenberg. En el otro informaba de la muerte de Kora Feuchtenberg en un hotel de Berlín Occidental.

—¿Qué... qué significa esto?

—¿A qué te refieres, muchacho?

—¡Esto, maldita sea! —Goodman arrojó el periódico, incorporándose. Atrapó a Frasser por las solapas de la chaqueta—. ¡Katherine! ¡Está muerta!

Frasser no se alteró lo más mínimo.

—Ah, sí... pobre chica... Muy lamentable. Según las primeras noticias de urgencia parece que sufrió un ataque al corazón.

—¡La asesinaron! ¡Descubrieron que era una suplantación y la mataron!

—Tranquilízate. Nada podemos hacer. Era un riesgo que Katherine aceptó.

—El periodista comenta que la decisión de Franz Feuchtenberg fue motivada por la muerte de... de su hija. ¿Qué ocurrirá cuando aparezca Kora sana y salva? Tu plan secreto será conocido en todo el mundo. La suplantación...

Goodman se interrumpió.

La sonrisa de Frasser le hizo comprender.

Retrocedió pálido y aturdido.

—No... no puede ser verdad...

—¿Qué te ocurre, muchacho?

—Lo sospeché en el aeropuerto. Durante el vuelo. El nerviosismo de... Kora. Quise apartar esa idea. Era demasiado diabólica. Ahora, tu tranquilidad confirma mis sospechas. No he viajado con Kora Feuchtenberg, sino con Katherine.

Frasser acentuó su sonrisa.

—Correcto. David. El cadáver del Mowe Hotel es el de Kora Feuchtenberg.

* * *

David Goodman estaba de nuevo en el sofá.

Cubriendo el rostro con sus manos.

—El fin justifica los medios, muchacho.

Necesitaba al profesor Feuchtenberg. Él hubiera solicitado el asilo político pero no quería abandonar a su hija. Fue muy triste para nosotros descubrir que Kora era una fanática de la doctrina de Moscú. Enamorada hasta la médula de su teniente ruso. ¿Sabes qué hacía la bella Kora en el Berlín Oriental? Documentarse en los

pensamientos socialistas y dar conferencias en los colegios sobre el paraíso soviético. No podíamos contar con Kora ni llevarla contra su voluntad al lado de su padre. Encontré una solución.

—Matarla...

—No seas melodramático, David. Conoces el oficio. Guerra fría, ¿no es cierto? En una guerra siempre hay algún muerto. Me pregunté... ¿qué ocurriría, estando Franz Feuchtenberg en una de sus giras por Europa, si apareciera muerta Kora? Ya tenemos la respuesta, muchacho. Tal como había imaginado. El profesor Feuchtenberg apenas conocida la triste noticia, ha aceptado nuestra protección y asilo.

—Y tus agentes fueron los primeros en informarle de la muerte de su hija.

—Por supuesto, David. Eran los mejor enterados del caso. Katherine la esperó en la habitación. De seguro le resultó sencillo atacarla por la espalda y clavarle la aguja. Un veneno que no deja huellas, David. La autopsia sólo indicará un fallo cardíaco.

Nada más. Todo perfecto.

—Pobre Katherine...

—Te engañó bien, ¿eh, David?

—Sí. Me resisto a creer que fuera capaz de cometer un crimen.

—No debes sorprenderte. Conoces a los adictos a la heroína. Capaces de cualquier cosa por asegurar la dosis. Me fue sencillo dominar a Katherine. Haría todo cuanto le ordenara. —Eres un bicho... el más despreciable de los bastardos... Para poder dominarla la arrojaste al infierno de la heroína.

—Reconozco que fue una fea jugada, pero no había otra solución. Katherine hizo un buen trabajo. Ahora es mi esclava. Hará todo cuanto le diga. Sin causarme problemas.

—¿Qué harás conmigo, Frasser? Tus esbirros fallaron en Berlín.

Frasser rió.

Divertido.

—Sí, lo sé... Parece imposible. Con una Walther inutilizada liquidas a dos de mis hombres... Tu viaje era sin regreso, David, pero estás aquí. Me creas un verdadero problema.

—Lo comprendo. Si tu plan era matar a la hija de Feuchtenberg tenías que utilizar a un asesino a sueldo. O a cualquiera de tus hombres de confianza, pero siempre quedaba el temor de un futuro

chantaje. Era preferible engañar a un estúpido como yo y luego ejecutarle.

—Aquí no es tan sencillo desembarazarse de un cadáver, David, pero se me ha ocurrido una buena idea. —Frasser extrajo un pequeño emisor. Después de pulsarlo volvió a guardarlo en el bolsillo—. Ahora acudirán mis hombres. Te llevarán a realizar un corto viaje. A un lugar muy agradable.

Goodman se incorporó.

En su rostro una fría sonrisa.

—Entonces es el momento de las despedidas, hijo de perra...

Frasser se percató del peligro. Quiso huir, pero ya Goodman se había abalanzado sobre él.

Su primer golpe fue al estómago. Luego un rodillazo al rostro de Frasser. Se escuchó el siniestro chasquido de la nariz y los dientes.

Warwick Frasser se desplomó de bruces.

Con los brazos en cruz.

David Goodman no tuvo piedad. Con el pie derecho comenzó a patear el rostro de Frasser.

Alternando con brutales puntapiés al costado.

Una y otra vez.

Ciego de ira.

El rostro de Frasser ya desdibujado por la sangre que brotaba abundante de las cejas, nariz y labios.

David Goodman no veía nada de eso.

Sólo recordaba a su madre muerta en el Nail Hospital, a Katherine inyectándose heroína, a Kora muerta en el lecho.

Sólo eso.

De ahí que no se percatara de la llegada de los dos individuos. Uno de ellos descargó la culata de su revólver tras la nuca de Goodman.

Y la oscuridad envolvió a David Goodman.

EPÍLOGO

La oscuridad.

David Goodman se había acostumbrado a ella.

De ahí que dibujara con toda perfección la tercera línea en la pared.

Tres días.

¿Por qué señalarla?

Ahora era distinto. Ya no se trataba de los clásicos diez quince o veinte días.

Jamás saldría con vida de la celda de castigo. Goodman, tumbado sobre el camastro, mantenía la mirada fija en los barrotes del techo.

Katherine, Kora, Berlín...

Todo parecía como un sueño.

Estaba de nuevo en la prisión de Foxs Hill.

Como si nunca hubiera salido de allí.

La metálica puerta se abrió ruidosamente.

—¡En pie, David!

Goodman sonrió.

El bueno de White.

—¿Qué ocurre ahora, Nicholas?

—No hagas preguntas y sígueme.

El mismo recorrido hacia el despacho del alcaide.

El mismo sistema de seguridad ya conocido.

Era como volver atrás en el tiempo.

En el despacho no estaba el alcaide.

Tampoco el hombre que se sentaba tras la mesa del escritorio era Frasser.

—Siéntese, Goodman.

David Goodman obedeció. Sin esperar autorización abrió la tabaquera tomando uno de los cigarros.

—Soy Donald Salkow, de la National Security Council. Estoy al corriente de todo.

Goodman exhaló una bocanada de humo.

—¿De veras? ¿Y qué...? ¿Alguna otra misión? Donald Salkow frisaba en los sesenta años de edad. Rostro de severas facciones. Acusando una gran firmeza de carácter.

—Katherine ha muerto, Goodman. Sobredosis de heroína.

David Goodman apartó lentamente el cigarro de los labios.

Apretó con fuerza las mandíbulas.

No respondió.

—Al descubrir su cadáver se dio aviso a la policía. Los del Departamento de Homicidios encontraron un sobre lacrado que debía ser entregado al Presidente de los EE. UU. La última voluntad de Katherine Sharp se cumplió. En ese sobre se explicaba con todo detalle el plan llevado a cabo por Warwick Frasser.

—¿Acaso no lo conocían?

—No, Goodman. Y usted es consciente de ello.

Jamás se hubiera aprobado semejante plan. Cierto que se le había dado carta blanca, pero sin sospechar que llegaría a tan canallesclos extremos. Frasser y todos los implicados en su plan van a ser juzgados con toda severidad. Un tribunal secreto les castigará.

Las facciones de Goodman se endurecieron.

—¿Por qué secreto, señor?

—No podemos hacer otra cosa. Si divulgamos lo ocurrido nos enfrentaríamos con graves problemas diplomáticos.

—Y perderíamos a Franz Feuchtenberg. Si llega a descubrir que una organización de inteligencia USA fue la causante de la muerte de su hija...

—No fue una organización, sino un hombre. Warwick Frasser. Un loco que olvidó desempeñar su trabajo con dignidad. Un hombre como Frasser no representa a los EE. UU. Vamos a hacer una limpieza en todos los organismos de inteligencia del país. El

F. B. I.

, la

C. I. A.

, la N. S. A..., En el propio Consejo Nacional de Seguridad. Órdenes

del Presidente. Van a rodar muchas cabezas.

—Les deseo suerte. La necesitarán.

—Usted mismo podrá comprobarlo, Goodman. Aquí tiene firmada su orden de libertad. Esta vez sin condiciones. Sin chantaje.

—¿De veras? ¿Sin ninguna condición? No creo en esa generosidad, señor.

—Sin ninguna condición, Goodman. Es deseo del Presidente. Únicamente le ruego que, por el bien de la nación, silencie todo lo ocurrido en Berlín. Lo borre de su mente. Como si no hubiera salido de aquí. ¿Qué responde? —Ante la indecisión de Goodman, añadió —: Frasser será castigado con todo rigor. El y todos los que le secundaron. Los que indujeron a Katherine a cometer un crimen y posteriormente la llevaron a la muerte. La carta-confesión de Katherine es aterradora. Le pide perdón, Goodman. En el aeropuerto comprendió que usted lo había descubierto todo. Después de que Winters le facilitara la dosis que necesitaba.

—Sí, allí lo sospeché todo... Aquella falsa llamada telefónica... el nerviosismo en el avión... Pobre Katherine... Dígale al Presidente que tiene mi palabra. Y espero que él cumpla también la suya.

—Puede ayudar a ello, Goodman. Usted fue agente de la C. LA. ¿Por qué no colabora con nosotros a desenmascarar a los corrompidos?

—Lo pensaré.

—Gracias, Goodman. Tiene un coche a la puerta. Obsequio del Presidente. Si decide ayudarnos le estaré esperando en Washington.

Dos horas.

No.

Hacia menos de dos horas que estaba en la celda de castigo. Con el gris uniforme de recluso. Con remotas esperanzas de salir con vida.

Y ahora...

David Goodman presionó con fuerza el acelerador.

El auto alcanzó la máxima velocidad.

También al máximo el volumen del autorradio.

Goodman no quería pensar.

Deseaba olvidar todo. Borrar de su mente aquel desplazamiento a Berlín. Como si se tratara de una pesadilla.

Sí.

Todo fue una pesadilla.
Acababa de ser puesto en libertad.
Era un hombre libre.
David Goodman empezó a reír.
Recordó a Nancy. Tras el mostrador del *snack*.
La sacaría de allí. Disfrutaría con ella su primer día de libertad.
Y el segundo. Y el tercero... No estaría solo.
La soledad estaría acompañada de recuerdos.
Y David Goodman quería evitarlos.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.

Notas

[1] Chinche parlante: Argot para definir a los micrófonos ocultos.

< <